

MENDOZA - ROSARIO DEL TALA - SANTIAGO DEL ESTERO



FUNDANDO PUEBLOS

FARMACEUTICOS PIONEROS
QUE ACOMPAÑARON LA
FUNDACION DE PUEBLOS
Y CIUDADES ARGENTINAS

PUBLICACION PERIODICA - AÑO 2 - N° 4 - MAYO 2005

EN HOMENAJE A LA PROFESION FARMACEUTICA ARGENTINA



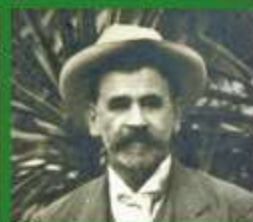
Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina



Laboratorios
MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

**HISTORIA DE LA FUNDACION DE
PUEBLOS Y CIUDADES DE LA
REPUBLICA ARGENTINA Y DE LOS
FARMACEUTICOS PIONEROS QUE
ACOMPAÑARON SU FUNDACION**

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA



SUMARIO

POSADAS

- 08** • Boticarios en la tierra del sol y del buen vino
- 10** • Las más antiguas
- 12** • En el área fundacional
- 14** • Pioneros
- 18** • Entre la historia y la química
- 19** • Médicos sin botica
- 20** • El terremoto de 1861
- 21** • El ejército de los andes
- 23** • Datos históricos

ROSARIO DEL TALA

- 25** • Mucho más que un humorista
- 31** • Pioneros
- 33** • Datos históricos

SANTIAGO DEL ESTERO

- 35** • Prodigios y exotismos de las farmacias de Santiago del Estero
- 46** • Una larga historia
- 48** • Una ejecución trágica
- 54** • Datos históricos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición

Maria Masquelet y Ricardo López Dusil.

Maria Masquelet está graduada en Letras (Universidad de Buenos Aires) y se dedica a la docencia universitaria y al periodismo. Actualmente, se desempeña como editora en el diario La Nación, donde trabaja desde hace 16 años.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977. Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Actualmente colabora en diversos medios nacionales y extranjeros, entre ellos la cadena televisiva norteamericana CNN.

Diseño Gráfico

Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes. Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decide radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Fotografías actuales

Ricardo López Dusil / Maria Masquelet

Impresión

Gráfica Eco

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.
Virrey Cevallos 1625/27 C1135AA
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Teléfonos y Fax (011) 4304-4524 y líneas rotativas

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.
se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea.
El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo.
En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

EXTRACTOS DE EDITORIALES DEL DR. IZIDORE

¿QUE HACER?

"Decíamos ¿qué hacer? En primer lugar conservar y si es posible mejorar la unidad de la profesión.

En segundo lugar, que ningún farmacéutico claramente compenetrado de su función en la sociedad, se preste a un juego que ni a él ni a esa sociedad beneficia. Y no prestarse al juego significa mantener de hecho el principio de racional distribución de las farmacias y desoir los cantos de sirena que intentan entusiasmarlo para su traslado a un lugar económicamente más rendidor..."

"Y en tercer lugar que la profesión organizada tome los recaudos para que no sean capitales extraños que aprovechen la situación, sino ella misma, la que favoreciendo a jóvenes graduados, tapone todo hueco que facilite la penetración indeseada."

Carlos E. Izidore.

Extracto de la Editorial de la revista Correo Farmacéutico de noviembre 1978

OLVIDOS SUICIDAS

"...La inexorabilidad del tiempo, que al transcurrir borra imágenes a veces muy caras, y la no tan poética pero cada vez más creciente comercialización en que se debaten las oficinas de farmacia de nuestros días; han hecho que la profesión fuera insensiblemente olvidando la adecuada defensa de normas y actitudes, todas ellas producto de las peculiares características que distinguen a la farmacia..."

"Es mucho más necesario, aún, modificar nuestros propios criterios, tener clara conciencia de lo que somos, independientemente de las leyes que nos rigen; de allí nuestra apelación a las reservas morales que sabemos la profesión tiene. Porque, de no cambiar de rumbos, el futuro seguirá siendo muy incierto y la sociedad de nuestros días, tan necesitada como la de antaño de una farmacia con sentido profesional y social, se verá condenada a estar privada de ella y a merced de sustitutos que - por más emporios que sean - nunca podrán prestar el servicio que sólo una decidida vocación farmacéutica puede ofrecer."

Carlos E. Izidore.

Extracto de la Editorial de la revista Correo Farmacéutico de mayo 1979

EXTRACTOS DE EDITORIALES DEL DR. IZIDORE

HAY QUE HACER LO CONTRARIO DE LO QUE SE PRETENDE

"...ha podido saberse que en esferas del Poder Ejecutivo Nacional, más propiamente en las del equipo económico..., se sigue sustentando la idea de que sería conveniente que los medicamentos autorizados como de venta libre pudiesen ser comercializados no sólo en farmacias..."

"¿O será que quienes detentan la paternidad de la idea suponen que medicamentos en todo comercio y farmacia sin farmacéutico son sinónimos de abaratamiento? Nada más lejos de la realidad, de una realidad que nos señala que son tantas las peculiaridades del medicamento, que les han hecho decir a los técnicos de la materia, los economistas, que su demanda es inelástica, motivo por el cual es conveniente que las autoridades se reserven el derecho de vigilar sus precios, ya que estos no se pueden ver beneficiados por el "libre juego" de la oferta y la demanda..."

"Pero la cosa no está para filosofar, porque si lo que se pretende es hundirnos en el subdesarrollo de una farmacia sin farmacéutico y un medicamento al alcance de todo el mundo en las góndolas de un supermercado, desde ya decimos que no."

"Que no, no porque legítimos intereses del sector nos obliguen a defender a capa y espada la situación, sino porque intereses muy superiores son los que están en juego, inclusive aquellos que hacen al prestigio internacional del país."

"Debemos ahorrarnos la vergüenza que implica el retroceso legal que se pretende y atender debidamente las voces que se levantan en favor de un más racional y adecuado uso de las drogas y los medicamentos. Y para concretar este último propósito, que es el legítimo, tenemos que hacer todo lo contrario de lo que se pretende."

Carlos E. Izidore.

Extracto de la Editorial de la revista Correo Farmacéutico de marzo de 1982

POR SIEMPRE IZIDORE

"Se fué pero dejó un camino lleno de ejemplos, humanidad y amor por una profesión que lo recordará por siempre".

Con el fallecimiento del Dr. Carlos Enrique Izidore el 12 de mayo de 2003, la Farmacia Argentina pierde uno de los representantes más preclaros.

El Dr. Izidore, rosarino de origen y porteño por adopción, graduado en la Universidad de Buenos Aires, se destacó, desde muy joven, por sus condiciones innatas para la dirigencia.

A lo largo de sus 77 jóvenes años su compromiso con la social y lo profesional le permitió ocupar cargos directivos en distintas instituciones: como dirigente estudiantil, llegó a presidir la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) en épocas difíciles; ingresó muy joven a la Confederación Farmacéutica Argentina, su gran amor, donde ocupó los cargos de Secretario y Presidente, y participó activamente por más de 20 años. Simultáneamente, repartió su tiempo con su otra gran vocación: el cooperativismo, donde participó activamente en la Federación de Cooperativas Farmacéuticas así como en el Laboratorio Fecofar donde ejerció la dirección técnica por muchos años y fue éste el lugar donde encontró su retiro profesional (jubilación).

También participó en entidades internacionales como la Federación Panamericana de la Farmacia (Fe.Pa.Far.) y la Federación Internacional Farmacéutica (FIP).

Su vocación comunitaria lo llevó a integrar la Confederación General de Profesionales de la República Argentina (CGP) y otras entidades de bien público.

Su elevada jerarquía profesional mereció el reconocimiento de sus pares por lo que fue designado miembro de la Academia Nacional de Farmacia y Bioquímica. Su intensa prolífica labor profesional mereció premios nacionales e internacionales.

Este es el relato sucinto de una vida puesta al servicio de los demás y de la que surge con rasgos muy nítidos la virtud más destacable: su calidad humana.

Quién conoció a Carlos sabe que una palabra sirve para definirla: fue un caballero en el más extenso y estricto sentido de la palabra. Un hombre noble, generoso, servicial, siempre dispuesto a dar una mano, que cultivó la amistad como una prenda muy preciosa.

Hombre de su casa, compañero de toda la vida de su amada esposa Olga, encontró en los sobrinos los hijos que la vida no quiso darle. Racinguista y tanguero de ley, ferviente lector y escritor, apasionado de la farmacia, Carlos fue una persona que dejó un camino trazado para que todos aquellos que tuvimos la dicha de conocerlo lo recorriéramos y en el que el respeto y la consideración fueron principios insobornables.

Carlos Izidore estará siempre en nuestra memoria y será un ejemplo para las generaciones futuras de farmacéuticos, profesión a la que honró y elevó como pocos.

Hasta siempre Carlos.

Dr. Mario Luis Castelli, Farmacéutico Ex Presidente de la Confederación Farmacéutica Argentina

Publicado en la revista Correo Farmacéutico de mayo/junio 2003

MENDOZA

Boticarios en la tierra del sol y del buen vino

El nombre de Arnoldo Repetur surge invariablemente cuando se habla de la historia de la farmacia mendocina. Es un referente no sólo porque tuvo cinco farmacias en la ciudad, sino también porque fue vicepresidente de la Sociedad de Historia de la Farmacia, cuando la conducía María Matilde González Lanuza; integró la Orden del Mortero y quedó a cargo de ella a la muerte de su fundador, el santafecino Pedro José Benet, y ejerció la docencia como titular de la cátedra de Historia, ética y legislación durante casi quince años. Además, proviene de una familia también dedicada a la actividad: dos de las farmacias más antiguas de Mendoza fueron propiedad de sus tios políticos.

Nació en Realicó, provincia de La Pampa, en 1919, donde sus padres, Alfredo Repetur y Ana Trajtenberg, habían llegado desde

Mendoza para instalar una vinería que, con los años y el esfuerzo, se transformaría en un próspero almacén de ramos generales que ocupaba media manzana. Poco después, los Repetur se mudaron a Buenos Aires, donde el joven Arnoldo se recibió de farmacéutico, en 1943, y al año siguiente compró la Farmacia Lusa, en San Juan y Luis Sáenz Peña, donde se desempeñó durante cinco años.

"Una tarde lluviosa, típica de Buenos Aires, se le rompió la dirección a una camioneta con carga y, al perder el control, se estrelló contra mi farmacia y rompió todo. Nos salvamos, porque apenas un momento antes yo había llevado a los chicos atrás, al departamento en el que vivíamos. Eso, sumado a que mi esposa era asmática y los médicos le recomendaban que cambiara de clima, nos decidió a dejar la capital y venirnos

a Mendoza", cuenta Repetur. No bien llegaron a Mendoza, donde ambos tenían familia, Repetur puso un aviso para adquirir una farmacia. De todas las ofertas que recibió, se quedó con la Popular, en San Martín y Libertad, en Godoy Cruz, que en octubre de 1949 le compró a Juan José Molinelli, "un poeta bohemio, al que la farmacia no le interesaba para nada", según recuerda. Unos años después, en 1953, adquirió otra, La Española, que estaba a punto de quebrar, a cuatro cuerdas de la primera y a una del Hospital Español, y, más tarde, la Farmacia Chacras, en Chacras de Coria, en sociedad con un empleado llamado Lucero. En 1955, se asoció con una "paisana", como él mismo la define: Perla Smud de Dik, a la que había conocido en una fiesta en la Sociedad Israelita de Beneficencia, con quien compró la Farmacia Rivadavia, también en Godoy Cruz.



Botiquín del ejército de los andes

El mueble con algunos de sus frascos originales que se expone en el Museo Sanmartiniano de Mendoza es uno de los que llevaban cada uno de las divisiones militares y era transportado a lomo de mula.

La última, que tuvo hasta jubilarse, fue la Farmacia Central, en la Alameda, que había ocupado una edificación de adobe en Godoy Cruz y Patricias Mendocinas, y que Repetur mudó a la calle San Martín, justo frente a la Biblioteca San Martín, que se alza en el lugar que el general San Martín había elegido para construir su vivienda.

"En un momento estuve por venderla -recuerda Repetur- y en una comida familiar les conté el proyecto a mis hijos. Al día siguiente, León, que ya estaba casado y tenía dos hijos, me citó para tomar un café y me dijo: 'Viejo, ¿podés esperar cuatro años y no vender la farmacia hasta que yo me reciba? Vos sabés que yo estudio y, si quiero, en cuatro años termino'. Así fue como seguí, mientras él se recibía y, después, me ayudaba y cubría algunos turnos cuando yo iba a las reuniones en Buenos Aires. Años después, llegó el momento del retiro y reuní a mis hijos y les pregunté si alguno quería hacerse cargo de la farmacia. Las dos chicas daban por descontado que León era quien se quedaría con el negocio, pero para sorpresa de todos, me dijo: 'No, yo me recibí para ayudarte, para estar con vos, pero no para hacerme cargo. Es muy rutinario para mí'. Entonces vendí la farmacia."

Las más antiguas

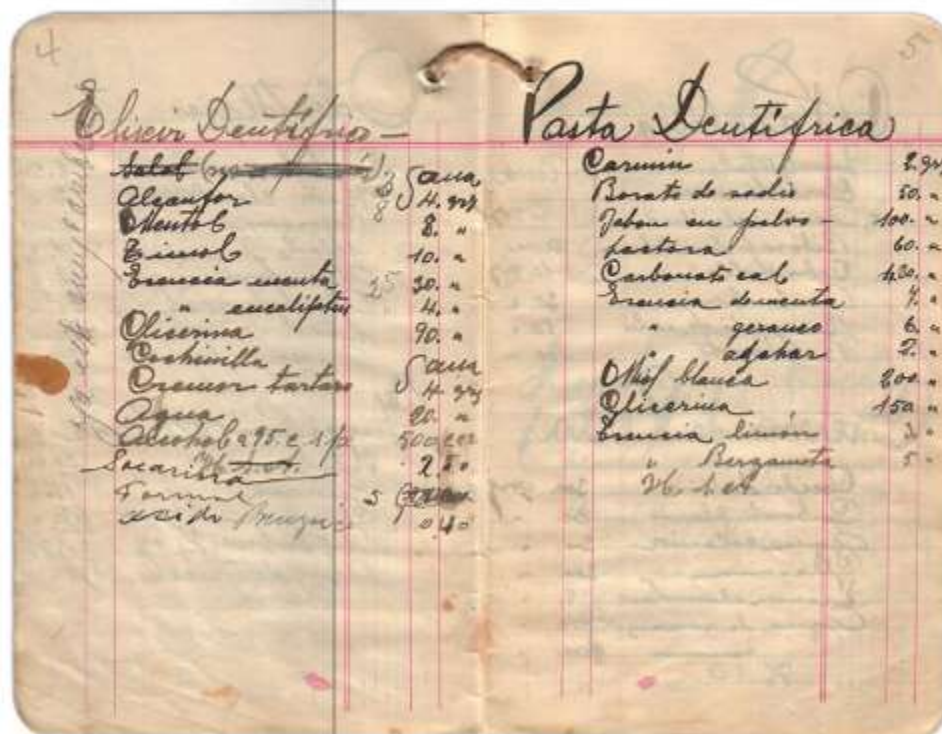
Tres farmacias se disputan en Mendoza el honor de ser "la más antigua", a pesar de que ninguna de ellas es de las primeras que funcionaron allí. Es que en una ciudad moderna y pujante como ésta, que sufrió un terremoto que destruyó toda la construcción anterior a 1861, y que está en constante renovación, pocos edificios testimonian su riquísima

historia. Pero, con cambios de dueños, de local, y en algún caso de nombre, Mitre, Del Águila y Santo Domingo son las mencionadas por los mendocinos como las que tuvieron más presencia a través de los años.

La Farmacia Mitre, hoy constituida en cadena, es reconocida como la heredera de la Botica Italiana, de Benito Sicardi, un farmacéutico de larga actuación en la ciudad, que se desempeñó durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Ya en la década de 1850, promocionaba sus productos y servicios en los diarios de la época, como lo hizo el 9 de mayo de 1854, en el periódico El Constitucional, en el que se puede leer: "En la Botica y Droguería 'Italiana' se inocula la vacuna todos los días a toda hora".

También en el Anuario de 1888, puso publicidad ya no como botica sino como Farmacia Italiana, ubicada en Paraná (hoy Garibaldi) 32 y 34, para anunciar su ampliación: "Esta farmacia, habiendo dado más extensión a su negocio, recibiendo directamente de los Mercados de Europa y Americas, se halla en condiciones de ofrecer a precios sumamente ventajosos el más completo surtido de drogas, productos químicos y farmacéuticos" y ofrece, entre otras cosas, "aguas minerales naturales de Vichy, Pullna, Couzan, la Margarita, Pantocosa, Challes sulfurosa; sanguijuelas legítimas hamburguesas, instrumentos de cirugía y surtido completo de bombas de goma para carnaval", que no son otra cosa que los populares pomos.

Recordado tanto por su asistencia a los heridos por el terremoto de 1861 como por su actuación durante las epidemias de cólera de 1868 y 1886-1887, Sicardi



Antonio Márquez conserva la libreta en la que su padre anotaba tanto los recetas propias como las obtenidas de otros farmacéuticos y médicos.

Frascos y muebles originales de la primera farmacia Santo Domingo tal como se ven en la farmacia actual.



integró junto con el farmacéutico Benito Arredondo y el médico Pablo Villanueva una comisión para evaluar las medicinas, en 1853, y seguía ejerciendo en la ciudad en 1910, fecha en que es mencionado como uno de los farmacéuticos italianos que se destacaba por su cordialidad y ocurrencias.

Sin tener fechas exactas de cambio de propietarios ni de las mudanzas por las que pasó la Botica Italiana, se puede afirmar que antes de transformarse en la Mitre y tener su actual local, estuvo durante muchos años en manos de León Doctorovich, tío político de Repetur, el que le puso el nombre de Avenida.

Y Repetur también tiene lo suyo para contar sobre la Farmacia y Droguería del Águila, porque León Cohon Birman, otro de sus tíos políticos, fue su dueño durante muchos años: "Era una de las más grandes o quizá la más grande de Mendoza. Cuando yo era chiquito, mi madre venía a visitar a la familia y nos llevaba a mi hermanita y a mí a jugar a la farmacia. Mi tío era un hombre que había hecho mucho dinero, fue presidente del Banco Crédito de Cuyo y era dueño de todo el edificio de la esquina".

Para completar la historia, su actual propietario, Moisés Roitman, atesora datos históricos que permiten reconstruir en parte el pasado de esta botica, como un aviso que reproducido por el diario Los Andes que prueba que en 1891 pertenecía a Sixto A. Berzano y estaba en San Martín 433 y otro que indica que en 1894 su dueño era Juan Calcagno y la ubica en San Martín 356, esquina Lavalle. Pero entre Calcagno y Cohon Birman, se desempeñaron allí otros farmacéuticos, como Bienvenido Micheloni, que figura

en el listado de profesionales del Anuario de 1896 en esa dirección, y Domingo Bianchi, que promociona la botica en 1920 en Los Andes.

"Yo soy contador -cuenta Roitman-. Mi hermano Abraham, que ya murió, si era farmacéutico y fuimos socios en este rubro desde 1943. Empezamos en la Alameda, en San Martín frente a Maipú, en una época en que por allí pasaba el tranvía y todavía se vendían las sanguijuelas para hacer sangrías. Cada cuatro semanas, hacíamos una semana entera de turno. Todo se curaba con yuyos y se consumía mucho láudano. Cuando empezaron a salir los específicos medicinales, sobre todo de Alemania y Francia, yo viajaba a Buenos Aires, los traía directamente y éramos prácticamente los únicos en Mendoza que los teníamos. A pesar de estar alejados del centro, trabajábamos muy bien."

Como el negocio era un éxito, los hermanos Roitman se mudaron al centro, donde compraron la Aconcagua, en Las Heras 150, y con la intención de brindar un servicio moderno incorporaron algunos beneficios para sus clientes, como créditos, tarjetas,

cuentas corrientes, envíos a domicilio, carnés de vacunación, así como prestaban las balanzas para pesar bebés.

"En 1968 -recuerda Roitman-, un día me llama Cohon Birman, que era amigo de un primo mío, y ofrece venderme la Del Águila. Yo estaba loco por tener esa farmacia y la compré casi sin conocer qué tenía adentro. No había entrado nunca. Pero igual la compré. En ese momento todavía quedaban cosas de cuando la farmacia era nueva y tenía los mismos muebles de fin del siglo XIX. Más tarde, esa esquina se vendió y nosotros nos mudamos. La principal ahora está en San Martín y Necochea y hay varias sucursales."

En el área fundacional

Sin duda, la farmacia mendocina más antigua con el mismo nombre y en el mismo lugar es la Santo Domingo, que se yergue desde hace más de 100 años en la esquina de Rioja y Beltrán. Ubicada en lo que se llama el área fundacional, es decir, en lo que fue el centro de Mendoza antes del terremoto de 1861 y que luego se refundó a "dos tiros de arcabuz" hacia el sudoeste



Una mujer posa con su cabrito en la entrada a la estación del Ferrocarril Andino, en la década de 1910. El edificio hoy aloja al Archivo General de Mendoza (Gentileza Archivo General de la provincia)



del antiguo poblado, comenzó a funcionar en 1890. Si bien no hay certezas de quién fue su fundador, todo parece indicar que el primer farmacéutico que la tuvo fue Pedro Bessone, ya que los listados de profesionales de 1895 lo mencionan con una botica justamente en Beltrán y Rioja. A mediados de la década de 1910, había pasado a manos de Aquiles Monteverde, que la promocionaba como sucursal de otra de su propiedad, la Farmacia Nacional, en San Martín 1561, en las que -según la publicidad aparecida en la revista La Semana, de 1918- se vendía "sargol, hierro nuxado, lenthol litado, tabletas hormotone, secretogen, tripso-gen, aceite koreina, kinazine, bálsamo indiano, trofosol, etc".

"Mi padre se la compra en 1926 a Aquiles Monteverde, que no era farmacéutico, pero era un hombre de mucho dinero. No han quedado documentos de los dueños anteriores, porque los papeles estaban en el sótano y se destruyeron con una inundación -cuenta Antonio Eduardo Márquez, hijo de Andrés Márquez, un malagueño que había nacido en 1901 y llegó a Mendoza siendo niño-. Primero, papá trabajó en la farmacia de Ortiz Maldonado, en la calle Las Heras, como cadete. Siempre decía que, durante la Primera Guerra Mundial, lo mandaban a copiar las noticias de la pizarra del diario Los Andes y volvía corriendo a la farmacia para que allí pudieran seguir lo que estaba sucediendo. Luego, pasó a empleado de la farmacia y después estudió de idóneo y compró la Farmacia Derqui, en Godoy Cruz."

En la Santo Domingo, donde don Andrés pasó buena parte de su vida, porque allí trabajó hasta un mes antes de morir, en 1978, todo se preparaba. Todavía su hijo

conserva las libretas en las que el boticario anotaba las recetas, seguramente algunas propias y otras copiadas de otros profesionales de la época, en las que se suceden, página a página, fórmulas contra distintos males y también algunas con fines estéticos: "Chucho. Remedio eficaz para sanarlo, Loción para teñir de rubio el cabello, Pomada para la nariz..."

Lo que no pudo conservarse es el edificio, que hubo que reconstruir luego de que su estructura quedó dañada por el terremoto de 1985. Fue el momento en el que Antonio Eduardo Márquez y su mujer, Sara Concepción Castorina, también farmacéutica e hija del idóneo Rolando Castorina, que fue uno de los propietarios de la Farmacia del Mercado, aprovecharon para achicarse, ya que los tiempos habían cambiado y no se necesitaba tanto espacio como antaño. "Era un monstruo, enorme -describe Márquez-. El salón de ventas era grandísimo y tenía otro cuarto igual para el laboratorio y, además, había dos depósitos. Pero como se traía todo de Buenos Aires había que tener mucho espacio para guardar las cosas cuando llegaban los pedidos. Cuando apareció la Cooperativa Farmacéutica empezamos a comprar acá y no era necesario acumular en el local". Esta adaptación, además de reducir el espacio, obligó también a sacarle la parte de arriba a las estanterías que, sin embargo, mantienen su antigua dignidad en este nuevo ambiente, moderno y luminoso.

Pioneros

"Mendoza es una ciudad pequeña y aseada. Todas las calles son trazadas en ángulo recto, hay una plaza cuadrada en uno de cuyos lados se levanta un templo,

y varias otras iglesias y conventos están esparcidos por la ciudad. (...) La gente, sin embargo, es indolente en extremo. Poco después de las once, los tenderos se preparan para dormir la siesta; empiezan a bostezar un poco y, lentamente, vuelven a su sitio los artículos que, por la mañana, han desplegado en los mostradores. A las doce menos cuarto cierran las tiendas, las ventanas de toda la ciudad están cerradas o entornadas y no se ve a nadie hasta las cinco, y a veces, hasta las seis de la tarde." Con estas palabras, el viajero inglés Francis Bond Head plasmó en su diario de viaje la impresión que se llevó de la ciudad, en 1825.

Justamente en esa Mendoza fue que el joven boliviano José María Salinas, que había sido secretario de Simón Bolívar y también del Congreso Constituyente de su país, instaló una botica, en la esquina de Santo Domingo, en las actuales Beltrán y José Federico Moreno. No sólo fue pionero en esta actividad, sino que en sus tertulias, en las que se reunía un grupo de jóvenes instruidos y de tendencias liberales, surgió la idea de fundar un periódico que concretaron el propio Salinas y José Luis Calle, el 23 de septiembre de 1824, con el primer número de El Eco de los Andes. La publicación mantuvo su presencia en la ciudad hasta el 25 de diciembre de 1825 y no se conoce si la botica siguió en funcionamiento mucho más tiempo, ya que el joven boliviano fue degollado en 1829.

Vale recordar las palabras, y el asombro, de Francis Bond Head con respecto a lo que sucedía a muy pocas cuadras de la recordada botica de Salinas: "Tan pronto como el sol se pone, la alameda está llena de gente, y el aspecto es muy singular e interesante.

Calle Necochea en la primera década del siglo XX: aunque la ciudad crece, hay tranvías y las arterias céntricas están empedradas, el medio habitual de transporte es a caballo (Gentileza Archivo General de la provincia)



Calle Las Heras: en la esquina, la tradicional Cigarrería Paris promueve los cigarrillos Centenario (Gentileza Archivo General de la provincia)

Los hombres se sientan en mesas fumando o tomando nieve; las damas se sientan en bancos de adobe a ambos lados del paseo. Difícilmente se dará crédito a que, mientras la Alameda está llena de gente, mujeres de todas las edades, sin ropas de ninguna clase o especie, se bañaban en gran número en el arroyo que literalmente limita el paseo. Shakespeare nos dice que la 'más cautelosa doncella es bastante pródiga si descubre sus encantos a la luna', pero las damas de Mendoza, no contentas con esto, los muestran al sol, y tardes y mañanas, realmente, se bañan sin traje alguno en el río Mendoza, cuya agua rara vez llega arriba de las rodillas, hombres y mujeres juntos, y, por cierto, de todas las escenas que he presenciado en mi vida, nunca vi otra tan indescriptible".

El siguiente farmacéutico del que se tienen noticias fue José Oberti, licenciado en Medicina y Farmacia de la Universidad de Turín que había sido boticario mayor del Hospital General de Hombres de Buenos Aires. En 1844, presentó las constancias de su título para abrir una botica. La comisión para examinar al aspirante dijo que Oberti contestó a las preguntas que se le hicieron "del modo más satisfactorio", por lo que se expidió solicitando se lo autorizara a ejercer.

También en la década de 1840, se tienen noticias de otros comercios que vendían medicamentos. En esos años el hospital de San Antonio, que había sido conducido por los bellemitas, se queda sin boticario y son los particulares los que lo surten de preparaciones oficiales y magistrales y drogas químicas para la confección de recetas.

Entre los mencionados en la documentación del hospital aparecen

las boticas de la Cañada, la de Juan Bautista Godoy Cruz, la de Méndez y Cia. y las casas Fornés, Sáez, Pleytel y Cia., E. Blanco y Enrique Camps, que entregaban los medicamentos con un descuento del 18 al 20%, por estar destinados a los pobres.

Por su parte, el médico escocés Edmundo Day solicitó autorización para abrir una botica, en 1845, y el gobierno no sólo lo autorizó a él sino que, además, suprimió la prohibición de ejercer como médico y farmacéutico simultáneamente. Años después, en 1856, el gobierno volvió a prohibir a los médicos que regentearan una botica o negociaran con los medicamentos bajo pena de ser sancionados con una fuerte multa de 100 pesos.

En El Constitucional del 27 de agosto de 1853, el doctor Day anuncia que se ha mudado, con el siguiente aviso: "Botica Inglesa. Esta se ha abierto en la esquina de la casa n° 40 de calle San Martín. Su dirección estará bajo la inspección de un miembro de la sociedad farmacéutica de Londres; el que en virtud de sus relaciones con los más acreditados farmacéuticos de Europa, proporcionará al público las medicinas más frescas, puras y más al corriente de la ciencia en Europa y América", y para que no quedaran dudas de la ubicación, concluye así: "Una cuadra de San Francisco para el poniente, esquina de la casa de don José Antonio Álvarez."

Pero no todos llegaban con la intención de instalarse en un local. A veces, el propósito era vender un preparado específico, cosa que hacían en su domicilio o en la casa de algún vecino o amigo,

como hace presuponer un aviso del 18 de diciembre de 1857, publicado en El Constitucional: "M. Eugenio Giraud, Farmacéutico y Químico. Tiene el honor de anunciar al respetable e ilustrado público su llegada a esta ciudad donde piensa permanecer un poco de tiempo ofreciendo sus servicios. El tónico Monsieur Giraud es el único que cura los callos agudos y ojos de gallo; en pocos días hace caer la raíz y quita el dolor en las primeras aplicaciones. (...) Las personas que quieran honrarme con su confianza se servirán concurrir a la calle 25 de Mayo 71, casa de M. Poujet, desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde".

Es probable que el tal monsieur Poujet sea, en realidad, el ingeniero Miguel Amado Pouget, a quien su amigo Domingo Faustino Sarmiento había convencido de que se instalara en suelo mendocino. Desde 1852, fecha en que llegó, asombró a sus vecinos con sus plantas y flores prodigiosas, que lograba a partir de injertos, y también con su habilidad y los conocimientos necesarios para cultivar la vid y lograr un vino fuerte y resistente. Mientras que los de su generación creían que tenía poderes sobrenaturales y lo rodearon de una leyenda de brujería, la historia lo reconoce haber contribuido a transformar la industria agrícola.

En 1863, se anuncia que las farmacias que iban a estar de turno en los meses siguientes, una por semana, eran las de Justino Vélez, Benito Sicardi, Benito Arredondo, F. Castillo, Enrique Campos y la del Hospital, y en las últimas tres décadas del siglo XIX, algunas de las boticas que ofrecían sus servicios eran

Este recipiente de porcelana se expone solo en una de las estanterías de la farmacia Santo Domingo porque no pertenece a la frasería original, sino que fue regalado por otro farmacéutico a cambio de uso de Antonio Eduardo Márquez.



La publicidad de medicamentos era muy común en las revistas de comienzos del siglo XX. En este caso, un aviso de página completa apareció en la emblemática Caras y Caretas



La estilizada balanza que todavía sigue custodiando la puerta de la farmacia Santo Domingo tiene un rótulo de la época en que el establecimiento se llamaba San Esteban y era propiedad de Aquiles Monteverde.

Farmacia El Globo, en la calle San Nicolás (hoy San Martín); la Farmacia Italiana, en Paraná (hoy Garibaldi) 22 al 24; la Farmacia del Pueblo, en Necochea 22; la Farmacia Nacional, de Juan Calcano, en Avda. San Martín 362, y los farmacéuticos que actuaban en la ciudad eran Fernando Castillo, Benito Sicardi, Tristán Villegas, Augusto Saillard, Benito Arredondo y Severo Gutiérrez del Castillo.

También estaba en plena actividad por esos años Luis Verratti, farmacéutico y dentista italiano, diplomado en la Universidad de Nápoles, en 1844. En 1888 promocionaba su establecimiento de esta manera: "En esta acreditada farmacia, se encuentra constantemente en venta el mejor surtido de drogas, preparaciones Químico-Farmacéuticas, medicinas alopatricas y homeopáticas, y hay un completo surtido de perfumería, bragueros, sondas, medias elásticas, suspensorios, especialidad en aceite de bacalao, vino de quina y píldoras de varios autores, remedio para la jaqueca, etc. Hay preservativos para enfermedades sifilíticas y su pronta recuperación. Se sacan dientes con prolijidad y sin dolor; se aplican ventosas y sanguijuelas. 42 Calle Necochea (Plaza Cobos)."

La cantidad de profesionales y de establecimientos dedicados a los medicamentos en estos primeros tiempos de la ciudad muestran que la actividad farmacéutica era muy intensa. Prueba de ello es que ya en 1857, el protomédico Pablo Villanueva informaba que había realizado una inspección a las boticas en agosto y las había encontrado bien surtidas de "sustancias medicinales" y que podrían "competir con las boticas de ciudades de más alta escala".



Lelia Cano Rossini cuenta con entusiasmo la historia de su padre, Julián Timoteo Cano, que se desempeñó en la Asistencia Pública, en la Farmacia de Ortiz Maldonado y en las Termas de Cacheuta

ENTRE LA HISTORIA Y LA QUÍMICA

Sus amigos se quejan de que la ven poco. Cuando no está de viaje, está escribiendo un libro, que al fin y al cabo no es más que otra manera de viajar, más íntima, más profunda. A los 90 años, Lelia Cano Rossini es demasiado joven todavía y lo suficientemente sabia para no querer actividades más apacibles.

La suya no es precisamente una vida dedicada al ocio. Nació el 27 de septiembre de 1914 e hizo como libre la carrera de Bioquímica en la Universidad de Buenos Aires, a donde se trasladaba unos días antes de rendir los exámenes. Trabajó en la farmacia de su padre y en una de Mayor Drummond, cerca de Luján de Cuyo. Luego fue bioquímica en el hospital Emilio Civit y, después, profesora de Química en el Instituto Pedagógico de la Universidad Nacional de Cuyo, en San Luis. Cuando su única hermana se casó, Lelia

volvió a la casa paterna y empezó a trabajar en el laboratorio químico de la Dirección de Industria de Mendoza, que luego pasó a depender del Instituto de Vitivinicultura, donde se dedicó al análisis de vinos y alcoholes hasta que se jubiló. Y en medio de tanta actividad, también tuvo tiempo para doctorarse en Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Mendoza, y escribir varios libros, tanto ensayos como "Transformaciones sociopolíticas del mundo de la mujer", como ficción, en "Frontera entre dos destinos".

Aunque está atenta a la hora, porque cuando den las seis, ni un minuto más ni uno menos, se subirá a una escalerita plegable para poner en hora el reloj de pared, se entusiasma hablando de sus padres. "Mi papá, Julián Timoteo Cano, nació en 25 de Mayo, provincia de

Buenos Aires, en 1888. Era idóneo y trabajó primero en la farmacia de la Asistencia Pública, hasta que se vino a Mendoza con un puesto en la farmacia de Ortiz Maldonado, en Las Heras y Mitre, la más importante y acreditada de la ciudad -cuenta Lelia-. En esa época, el que estaba al frente de una botica era un personaje. Papá hacía casi el papel de médico."

Cuando se casó, a los 26 años, Cano puso la Farmacia El Plata, en la esquina de Espejo y Patricias Mendocinas, frente a la Plaza Independencia, pero debió cerrarla un tiempo después porque el negocio no anduvo bien y se fue a trabajar a la farmacia de las Termas de Cacheuta. "Me parece que la fundó mi padre, pero no lo puedo asegurar. Estaba en la parte de abajo de las termas, donde estaban los baños. No se quedó mucho tiempo allí, porque era muy lejos y nosotras éramos chiquitas, así que regresó a la ciudad y abandonó definitivamente la profesión", detalla Lelia. Un cartel antiguo colgado en la pared recuerda el nombre de su madre: María Rossini de Cano. "Era el cartel de la casa de modas que tuvo durante muchos años", cuenta Lelia, que también confiesa: "Ella me estimuló profundamente. Mi madre trabajaba mucho y, además de enseñarme italiano, me hizo conocer muchas cosas del mundo en general. Era una mujer admirable."

MÉDICOS SIN BOTICA

Médicos sin botica o boticarios sin médico. Los orígenes de las ciudades argentinas estuvieron marcados por alguna de estas dos situaciones. A veces la instalación de una botica era anterior a que hubiera médicos estables para la población, que se arreglaba con la atención ocasional de profesionales de paso, y, en otros casos, primero llegaban los médicos y, años más tarde, los farmacéuticos.

Esto último es lo que sucedió en Mendoza, donde en la segunda mitad del siglo XVIII ya había varios médicos o cirujanos ejerciendo su profesión, pero el suministro de medicamentos resultaba más complicado. Es que la falta de farmacéuticos provocaba una desordenada venta de remedios, por la que competían pulperos, tenderos, curanderos y cualquiera que vela que podía beneficiarse económicamente con ese comercio. Esta situación hizo que, a pesar de la tradicional prohibición que establece que los médicos no tengan farmacia ni vendan medicamentos, varios hayan conseguido permiso para desarrollar ambas actividades simultáneamente.

En "Historia de la medicina en Mendoza", Adolfo Semorile y Elvira Martín de

Codoni hacen un relevamiento de los médicos que actuaron en la ciudad y tres profesionales se destacan por haber sido pioneros en esta profesión, por haber intervenido en el suministro de medicinas y, también, por sus vidas un poco aventureras.

Narciso de Aguirre y Elorza es, seguramente, el primer médico estable que tuvo Mendoza. Nació en 1744, en la villa de Bernedós, en las provincias vascongadas, se encontraba ejerciendo la profesión en la ciudad bonaerense de Luján, en abril de 1772, cuando envió al cabildo de Mendoza una carta en la que se ofrecía para trabajar en esa ciudad, a la que se trasladará poco tiempo después. Allí, en 1779, va a ofrecer sus servicios a la orden de los betemitas, que todavía no habían podido concretar la puesta en marcha de un hospital: "Estoy pronto a sacrificar carne en asistir de limosna a dicho hospital, ejerciendo los oficios de médico y de cirujano, como también poner la botica necesaria para el gasto de 10 o 12 camas, haciendo la donación de la tercera parte, con la precisa condición que las otras dos partes se me haya de pagar con los efectos que produce la vida de dicho hospital". La respuesta no se conoce, pero sí se sabe que Aguirre siguió en Mendoza, por lo menos, hasta 1810, año en el que participa de reuniones para elegir un representante para la Junta de Buenos Aires, con lo que

se puede inferir que había aceptado el nuevo orden político impuesto por la Revolución de Mayo.

Dos años después de la llegada de Aguirre, aparece en la ciudad Juan Pablo Pérez, francés a pesar de su apellido español, que había sido cirujano naval en la armada francesa. El 2 de septiembre de 1774, Pérez presenta al gobernador y al cabildo un petitorio en el que solicita autorización para el ejercicio de su profesión y también para la instalación de "una pública botica, abastecida de quantos medicamentos sea necesario para las curaciones de las enfermedades". Como Pérez no había obtenido todavía la aprobación del Protomedicato, las autoridades mendocinas le dieron un permiso provisional por seis meses, hasta que legalizara su situación y, en cuanto a la botica, aconseja que se hiciera una excepción y que se le permitiera instalarla, justamente por la falta de farmacéuticos en la ciudad. Lo más interesante del caso es que, en su presentación, Pérez narra que sirvió en Puerto Mahón, en las Islas Baleares, ocupadas por los franceses entre 1756 y 1759 y, más curioso todavía, que estuvo destinado en "Puerto Egmon por Su Majestad (que Dios lo guarde)", con lo cual menos, hasta 1810, año en el que participa de reuniones para elegir un representante para la Junta de Buenos Aires, con lo que

OTRAS HISTORIAS

La profesión farmacéutica también tiene un lugar en el santoral de la liturgia católica. El 10 de mayo de 1998 fue beatificada sor María del Sagrario de San Luis Gonzaga, una de las primeras mujeres farmacéuticas de España, fusilada durante la Guerra Civil Española. Cuarta generación de una familia dedicada a la profesión, Elvira Moragas y Cantero -su nombre antes de entrar en la vida religiosa- ejerció en la botica paterna, en Toledo, entre 1911 y 1919, año en que decidió consagrarse de lleno a Dios. Sin embargo, según parece, en el convento de las Descalzas, en Madrid, en el que llegó a ser priora, seguía preparando medicamentos, ya no para los clientes, sino para sus hermanas.

OTRAS HISTORIAS

En 1349, Pedro II, rey de Aragón, ordenó que los médicos y cirujanos escribieran en sus recetas en lengua vulgar, y no en latín, y dispuso multas para quienes no cumplieran con esta reglamentación. En el mismo documento, establecía que sería condenado también con multas en dinero todo acuerdo entre boticario y médico o cirujano con respecto al precio de las recetas.

El tercero de estos pioneros es José Ignacio Pinto da Silva. Había nacido en Évora, en el reino de Portugal, en 1749 o 1750 y llegó a Sudamérica en un barco que, al parecer, estaba destinado a la India y recaló en Río de Janeiro, donde el portugués ejerció la profesión en el Hospital Real. Luego pasó a revistar como médico del Regimiento de la plaza de la Colonia del Sacramento, hasta que desertó y se trasladó a Mendoza en 1777.

Poco tiempo después de su arribo, Pinto da Silva, además de su oficio de cirujano, consiguió que los alcaldes ordinarios, en 1779, lo autorizaran a vender medicamentos, decisión que trajo aparejada la prohibición de que otras personas comerciaran remedios públicamente. Pero, si bien este permiso lo benefició, también le provocó algunos problemas, ya que entraba en contradicción con la reglamentación que prohibía el monopolio, lo que hizo que interviniera el Real Consulado de Buenos Aires y se sucediera una larguísima secuencia de idas y venidas jurídicas que concluyó en 1803, casi un cuarto de siglo desde su comienzo, con un fallo en contra de Da Silva. Pero, mientras tanto, el portugués siguió cumpliendo la función de farmacéutico, como lo prueba el testamento de su suegra, Nicolasa Serro Jurado Correa de Saa, viuda de Francisco Bargas, madre de su segunda esposa, en el que dice: "Mi yerno José Igna-

cio (da Silva Pintos) casó con mi hija Josefa hasta el presente ha asistido mi casa visitando todos los enfermos de mi familia, con todo esmero y sin interés alguno, dando de su botica cuantos remedios han sido necesarios..."

José Ignacio Pintos, nombre que había adoptado en los últimos años, cumplió también la función de Teniente de Protomédico, para la que fue elegido por el Protomedicato de Buenos Aires, en febrero de 1797. No deja de sorprender esta elección, ya que el cirujano había tenido con anterioridad varios inconvenientes para revalidar su título. De cualquier modo, estos problemas para legalizar la situación profesional también los compartieron los otros médicos pioneros que ejercieron a su buen saber y entender y con permisos provisionales en una ciudad que recién se estaba formando y en la que, dada la precariedad de las condiciones de salud, no siempre podía cumplirse lo que indicaban las reglamentaciones.

EL TERREMOTO DE 1861

"Como si un número considerable de carros rodara a escape por el empedrado" fue el infernal ruido que anunció, según el diario El Nacional, de Buenos Aires, el terremoto que asoló a Mendoza el 20 de marzo de 1861.

Eran un poco más de las ocho de la noche y el miércoles de Semana Santa había convocado a un buen número de mendocinos a las iglesias, cuando el sismo, con una intensidad de 7,2 en la escala de Richter, destruyó la ciudad casi por completo y provocó la muerte de casi el 40% de su población.

La peor catástrofe que debió pasar la ciudad y los alrededores en su historia despertó la solidaridad de las otras provincias y también de Chile, que enviaron grupos de ayuda con médicos, enfermeros y farmacéuticos, que llevaban sus botiquines provistos de las drogas necesarias para elaborar los preparados que constituían la farmacopea de la época.

Desde San Juan, llegó la primera ayuda. El 26, arribó la comisión presidida por el ministro de gobierno Tristán Echegaray e integrada, entre otros, por dos médicos, Amado Laprida y Carlos Alberto Keller, quien también era boticario y, además, desempeñaba en su provincia el cargo de agente consular de Alemania. Poco después, San Luis envió al doctor Pedro Oden, acompañado de un farmacéutico mendocino, pero radicado en la capital puntana, Severo Gutiérrez del Castillo, que años más tarde volvería a su ciudad natal e instalaría allí una farmacia. Desde la capital chilena, llegaron el doctor Wenceslao Díaz, el boticario Lope de López Muñoz

y dos practicantes, los estudiantes de Medicina Teodoro Baeza y Adolfo Díaz. Al parecer, la delegación trasandina estaba bien equipada, con "seis cargas y media de drogas e instrumental para practicar cirugía mayor". De Paraná, también llegaron médicos y el farmacéutico Eloy Escobar, que preparó el botiquín al pasar por Rosario.

Por su parte, el gobierno cordobés organizó una Comisión Filantrópica en la que figuraban sacerdotes, personalidades locales, los doctores Justiniano Posse, que luego fue gobernador de su provincia, y Mateo José Molina, que había actuado como médico militar con Lavalle, y el boticario Aurelio Piñero, dueño de una farmacia muy reconocida y respetada en el capital cordobés, que aportó su botiquín particular.

A pesar de que el grupo que partió desde Buenos Aires no contaba con ningún boticario, si se enviaron remedios donados por drogueros y boticarios y la Asociación Farmacéutica de Buenos Aires remitió 26 cajones de medicamentos y drogas, además de 20.493 pesos recolectados entre sus socios.

La mayor parte de los profesionales de la salud llegados para socorrer a los heridos se integró a los cuatro hospitales que se habían formado luego del desastre: los de San Nicolás, Guaymallén, San Vicente y San Martín.



El botiquín homeopático "de bolsillo" del general San Martín, expuesto en el Museo Sammartiniano de la capital mendocina, tiene sesenta frasquitos que, en su mayoría, contienen las drogas originales.

EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

Para atender a los heridos de los combates y curar las enfermedades provocadas por el durísimo clima de la cordillera, el Ejército de los Andes necesitaba una columna sanitaria. El gobierno le encargó esta tarea al doctor Diego Paroissien, cirujano mayor y teniente coronel de artillería, quien el 14 de enero de 1817 presentó una propuesta al general San Martín con los nombres de los elegidos para ocupar las distintas funciones, el cargo militar que habría que darles y los honorarios.

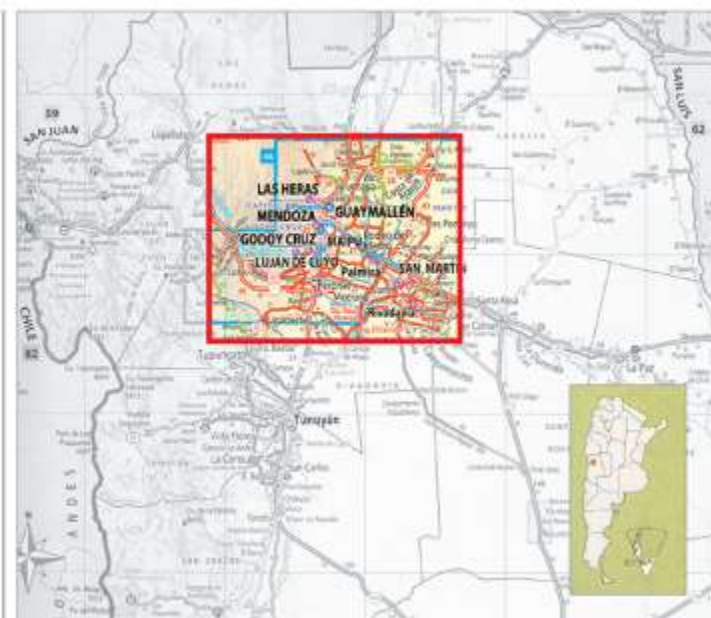
Entre el personal, que estaba previsto que pudiera hacerse cargo de 200 pacientes, es decir, el 5 por ciento de los 4000 soldados con que contaba el ejército, incluyó a dos boticarios: José Mendoza, para el que pedía el grado de teniente y una retribución de 30 pesos mensuales, y José Blas Tello, como alférez, con una remuneración de 20 pesos. En cuanto al material sanitario, debía ser

abastecido por el Servicio Farmacéutico, que contaba en sus depósitos con unos 80 rubros distintos de drogas. Además, cada una de las tres divisiones llevaba un botiquín completo que se transportaba a lomo de mula.

El general San Martín, además de todo el equipamiento con que contaba su ejército, llevaba siempre consigo un botiquín "de bolsillo", que le había regalado para su uso particular su amigo Ángel Correas y que hoy se conserva en el Museo Sammartiniano de la capital mendocina. De cuero por fuera y seda roja en su interior, tiene tres filas de pequeños tubitos con tapón de corcho y etiquetas que identifican las sustancias homeopáticas que guardan los envases. Chamomilla, Colocynthis, Drosera, Platina, Spigelia y Thuja indican los rótulos de algunos de los sesenta frasquitos numerados, que tienen todavía los globulitos característicos de la medicina homeopática.



Las autoridades provinciales
presentan en sociedad
las 10 ambulancias adquiridas
en 1936 para la salud pública
(Gentileza del Archivo
General de la provincia).



Datos históricos

- La ciudad de Mendoza fue fundada el 2 de marzo de 1561 por Pedro del Castillo y recibió su nombre en honor de García Hurtado de Mendoza, capitán general de Chile, y de su padre, virrey del Perú.
- En 1608, se establecen los jesuitas que difunden desde aquí su labor hacia todo Cuyo, hasta 1767, cuando la orden es expulsada de los territorios españoles.
- En 1773 se inaugura el

Hospital San Antonio.

- Entre 1814 y 1816, el general San Martín fue gobernador intendente de Cuyo, con sede en Mendoza, donde preparó la campaña libertadora de Chile y Perú.
- El 20 de marzo de 1861, un terremoto destruyó completamente la ciudad.
- En 1863, el arquitecto francés Ballofet trazó la nueva ciudad al sudoeste del poblado destruido.
- En 1882, se fundó el

diario Los Andes.

- En 1885, el ferrocarril unió la ciudad con Buenos Aires y en 1891 se inauguró el primer tramo del Ferrocarril Trasandino que llegaba hasta Uspallata.
- En 1897, el paisajista francés Carlos Thays trazó el Parque del Oeste, hoy General San Martín.
- En abril de 1936, nace la Fiesta de la Vendimia, ya que se concreta el primero de la serie de festejos que continúan hasta la actualidad.

ROSARIO DEL TANA



MUCHO MAS QUE UN HUMORISTA

El pueblo estaba azorado con la proeza que prometían aquellos intrépidos alemanes. Algunos no creían que lo pudieran realizar, pero todos estaban allí, expectantes, atiborrando la plaza, en ceremonial silencio, mirando con incredulidad y temerosos de lo que podría ocurrir. Los viejos pobladores de Rosario del Tala todavía recuerdan esa fugaz visita de aquellos rubios equilibristas, que tal vez no fueran alemanes, que cruzaron la plaza del pueblo caminando sobre una gruesa cuerda tensada desde la torre de la vieja iglesia hasta un poste en el otro extremo de la plaza, más elevado aún que las copas de los árboles más altos.

Pero si ese acto circense fue el comenterio obligado en todo el pueblo, mayor asombro causó todavía el anuncio del inefable Cecilio Errasquin, un farmacéutico dispuesto a desafiar a aquellos equilibristas extranjeros: Cecilio anunció a viva voz que al día siguiente él cruzaría, haciendo equilibrio sobre un alambre de fardo (mucho más fino que la sogá empleada por los alemanes) desde su botica, en Centenario y Sáenz Peña, hasta una tienda del otro lado de la calle. El pueblo, que rara vez perdía su ritmo cansino y apacible, otra vez estaba revolucionado y nuevamente se autoconvocó en masa para verlo a don Cecilio en acción. Para algunos, la reputación de don Cecilio, siempre dispuesto a bromas y disparates, daba pie a pensar que aquel anuncio no podía ser más que otro ingenioso ardido del boticario. Para otros, que tenían a ese hombre como un auténtico héroe (él había sido el único por aquellos pagos que le había ganado un juicio nada menos que a los todopoderosos ingleses, dueños del

ferrocarril) nada era imposible. Para el padre Quinodoz, entrañable amigo de don Cecilio, pese a su manifiesto ateísmo, el episodio era de tal gravedad que invocaría la protección de Dios. A la hora señalada, don Cecilio salió de su farmacia, ataviado con su guardapolvo y un paraguas, y con un cómplice de aquella aventura tendieron el alambre rápidamente y Cecilio inició su show. Con una salvedad: el alambre no estaba suspendido sino simplemente apoyado sobre el suelo. Hubo tantos aplausos por su humorada como gritos de desaprobación por el engaño.

El anecdotario de este farmacéutico incorregible no termina allí. Aunque los años han pasado y don Cecilio ya hace mucho tiempo que no está, la gente más vieja de Tala no deja de recordar con una sonrisa a ese hombre bonachón y creativo que hizo tanto por la salud física y espiritual de sus vecinos. Tan ocurrente era don Cecilio que tenía en la farmacia una mano de madera (su padre y hermanos eran los herreros y carpinteros más acreditados del lugar, de manera que no es difícil inferir su origen) con la que a veces el cadete de la botica concurría al domicilio de los amigos de don Cecilio para que la estrecharan, "ya que él no tiene tiempo de hacerlo personalmente". Con uno de sus amigos más entrañables, el padre Quinodoz, había establecido un código insólito: cada vez que el boticario quería invitar a comer al cura, se subía a la terraza de la farmacia y con su rifle calibre 22 le disparaba tres tiros a la campana de la iglesia. El cura, entonces, sabía que en la casa de Errasquin lo estaban esperando para comer.

Por supuesto, las vidrieras de la farmacia, más que promocionar medicamentos, eran un muestrario de las cosas más insólitas: un zapallo gigante cosechado por un tal Tribulo (familia todavía existente en este pueblo entrerriano) con la leyenda: "Al verlo, Tribulo se atribuló"; un nido de hornero con doble puerta y hasta la zanahoria presidencial, que no era otra cosa que una gran zanahoria con anteojos que intentaba representar al entonces presidente Arturo Frondizi.

Si es cierto el axioma de que el sentido del humor es un privilegio de los seres inteligentes, en el caso de este boticario también describe al hombre sensible y filántropo. Basta otra anécdota para reflejarlo: para ayudar a muchos chicos pobres del pueblo y no recurrir simplemente a la limosna, prometió pagar 10 centavos por cada grillo vivo que le llevaran. Y allí salieron los chicos de cacería. Cecilio se encontró con un problema: no necesariamente los que habían capturado más grillos eran los más necesitados y él pretendía ser ecuánime en la recompensa. Lo solucionó examinando a los bichos con lupa y aclarando que por algunos no pagaría porque no eran grillos sino "grillas", por lo que debía descartarlos. Al final del día, todos los niños cazadores se habían llevado una recompensa similar.

Además de la actividad farmacéutica, Errasquin era un hombre culto, que incursionó en el periodismo, la poesía y la política. Fue uno de los fundadores del Partido Socialista en su pago y solía decir, ante la evidentemente escasa convocatoria del PS, que la sigla significaba Pocos Somos; Pero Somos.

Alguna vez se dio el gusto de invitar a este pueblo a la reconocida dirigente partidaria Alicia Moreau de Justo, a quien impresionó prometiendo hacerse cargo de los gastos de una comida con la que todo el PS de Rosario del Tala la homenajearía al final de su discurso. Cecilio no tuvo mucho gasto: pagó los cubiertos de la invitada, el suyo y el del sastre Alborno, el otro solitario correligionario del socialismo en Tala.

Respecto del juicio ganado a los ingleses que administraban la empresa Ferrocarriles de Entre Ríos, fue uno de los casos judiciales más sonados y desopilantes de la época. Cecilio, que abastecía a la empresa ferroviaria de medicamentos, había diseñado una propaganda para promocionar el linimento Tercec (por su mujer, Teresa, y Cecilio) que consistía en una tarjeta en la que se veía a empleados del ferrocarril arreglando las vías. En la propaganda, que el cadete de la farmacia distribuía entre los pasajeros del tren, aparecía la sigla F.C.E.R. y la leyenda "Después de viajar, use Fricción Tercec". La compañía le entabló una demanda porque consideró ofensiva la alusión a la incomodidad de sus vagones, al asociar su sigla con los dolores. Pero don Cecilio parece que fue muy convincente en su defensa: dijo que jamás había querido aludir a la respetable empresa y que las siglas de la etiqueta significaban "Fricción Colocando, Enfermedad Reculando". Y ganó el juicio, para beneplácito de gran parte de los pobladores de Rosario del Tala. Por supuesto, jamás volvió a proveer a los empleados ferroviarios de medicamentos.

OTRAS HISTORIAS

Las manchas solares, el signo más evidente de la actividad del Sol, son objeto de estudio desde la antigüedad. Sin embargo, recién en 1843 se descubrió que tienen un comportamiento cíclico, lo que provocó el asombro de astrónomos y otros estudiosos de los cielos, ya que se contaba con casi dos mil años de observaciones y nadie aparentemente había advertido esta regularidad tan evidente. Al que correspondió el honor de tal descubrimiento fue el boticario alemán Heinrich Schwabe, que se basó en observaciones realizadas a lo largo de diecisiete años.

Errasquin no sólo se mostró como un gran humorista, sino

también como un hombre sensible y solidario con sus vecinos

Cultor del humor hasta el final, cuando tenía 66 años y estaba gravemente enfermo, llamó a sus familiares y les dijo: "Tata Dios me está llamando; el pobre debe de estar confundido: recién tengo 66 años, pero desde allá arriba Dios ve los números al revés y cree que ando por los 99." Y se murió.

Cecilio Errasquin nació en 1893 y fue el sexto de siete hermanos varones, hijos de un inmigrante vasco casado en Entre Ríos con una criolla. Su padre había instalado en Rosario del Tala una herrería y carpintería en la que los siete hijos trabajaron. Sin embargo, Cecilio, influido por una de sus maestras, quería un futuro más allá del taller. Tanto insistió en ello, que su padre le encomendó a otro vasco del pueblo, Usandizaga, que lo empleara en su farmacia y le enseñara el oficio. Así, en 1906, con apenas 13 años, Cecilio comenzó una carrera que no abandonaría jamás.

Posteriormente, viajó a Buenos Aires para rendir el examen de idóneo en farmacia y aprovechó para emplearse en la botica de una mujer ilustre, Armandina Poggetti, la primera farmacéutica del país.

De regreso a Rosario del Tala, volvió a la Farmacia Usandizaga, que poco tiempo después terminaría comprando y cambiándole el nombre por el de Farmacia Errasquin. Su padre y hermanos le hicieron un impresionante mobiliario en pinotea tallada. Atendió la actividad con devoción hasta su muerte, ocurrida en 1959. Desde entonces, la farmacia quedó en manos de la familia, pero con la regencia de otro profesional, hasta que fue vendida a un farmacéutico de Basavilbaso, que poco tiempo después abandonó el país.

*La casa de la familia Errasquin muestra en el dintel la palabra **Tercer**, la marca de sus productos, que don Cecilio había formado al fusionar el nombre de su mujer, Teresa, con el suyo.*



Las vidrieras de la farmacia Errasquin estaban destinadas,

más que a promocionar medicamentos, a exponer cosas insólitas

Aviso publicitario
aparecido en la
Revista Caras y Caretas.

La primera preocupación de toda señora que vea su rostro marchito y amarillento, a causa de los efectos del aire y del calor, es procurarse artículos de belleza de primer orden.

El JABON HIGIENICO
la CREMA HIGIENICA
y el insustituible
POLVO GRASOSO

Brissac.

por su esmerada preparación y componentes purísimos no han sido ni igualados ni superados. Empléelo y se convencerá.

L. AUBERT y Cia.
JORGE NEWBERY, 3443/55
Unión Telefónica 2045, Belgrano.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
TIENDAS, PERFUMERÍAS
Y FARMACIAS.

\$ 1.40 la caja

\$ 2.00 el tarro

para radicarse en Israel. Luego, la farmacia fue adquirida por el señor Zuloaga, quien puso de regente al farmacéutico Flavio Alasino, y más tarde, Zuloaga se trasladó a otra propiedad y Alasino alquiló el local que era el despacho de Errasquin, en tanto que el inmueble original de la farmacia cambió de destino comercial y hoy es una casa de comidas, pero tal vez no por mucho tiempo. Las hermanas Mairú y Nescá Errasquin, dos de las seis hijas de Don Cecilio, confían en que Alasino termine mudándose a la vieja botica que las vio corretear de niñas, mientras Cecilio pergeñaba alguna que otra ocurrencia de las suyas. Su devoción por la profesión farmacéutica fue heredada por sus hijas Luisa y Lydia, farmacéutica y bioquímica, respectivamente.

Pioneros

Aunque la Farmacia Errasquin es una de las pioneras en el pueblo, no ha sido la primera. Según las fuentes documentales a las que se ha podido acceder, está confirmado que en mayo de 1883 había un farmacéutico en Rosario del Tala llamado Luis Astesiano, un genovés que se habría graduado en su tierra natal. Descendientes de la familia Astesiano creen que don Luis fue el primer boticario del lugar, pero ignoran en qué lugar estaba ubicada la farmacia y cuándo cesó sus actividades.

Posteriormente, quizá en la primera década del 1900, apareció ejerciendo la profesión Carmelo Astesiano, sobrino de Don Luis, pero no hay datos sobre si la actividad la desarrolló en la misma farmacia que lo hacía su tío o en otra. De todos modos, la vida de la farmacia de Carmelo Astesiano en Rosario del Tala fue efímera, ya que pocos

OTRAS HISTORIAS

Los objetos indígenas, que muchas veces se perciben como meramente decorativos, tienen un importante significado simbólico y también una utilidad práctica que va más allá de lo que parece a simple vista. En algunos tejidos mapuches de uso social, como alfombras y tapices, los dibujos asocian figuras vegetales y partes del cuerpo humano, lo que representa una verdadera imagen nemotécnica para mantener en el tiempo determinadas recetas médicas.

Probablemente el primer boticario de la ciudad haya sido Luis

Astesiano, un genovés que se había graduado en su tierra natal



La Farmacia Del Pueblo fue otra de las pioneras de Rosario del Tala, ya que aparece mencionada en un aviso de la prensa local, en 1912, con Francisco Formichelli como propietario y, años más tarde, en manos de la familia Rébora.

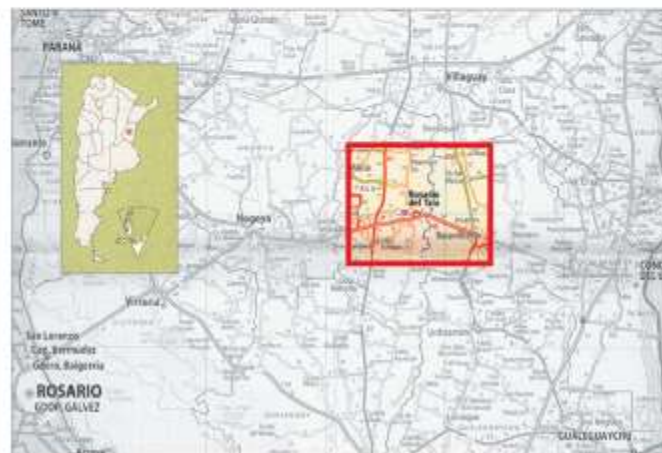
años después de ejercer allí decidió trasladarse a Nogoyá, donde instaló la que se cree que ha sido la primera botica de la ciudad: la Farmacia Nogoyá, todavía existente. Carmelo Astesiano, quien había nacido en 1884 y murió en 1953, desarrolló, simultáneamente a su actividad profesional, una exitosa carrera política en las filas de la Unión Cívica Radical y llegó a ser diputado nacional en varias oportunidades. También presidió el Colegio Farmacéutico de Entre Ríos.

Otra farmacia pionera en Rosario del Tala fue la Usandizaga, uno de cuyos avisos publicitarios aparece en la edición del periódico El Orden del 21 de agosto de 1901. En un pueblo donde todo el mundo se conocía no hacía falta consignar la dirección y el aviso simplemente localiza el local de Usandizaga "frente a la plaza". Por en-

tonces, cualquier otro dato era superfluo. Usandizaga es el farmacéutico que inició en el oficio al inefable Cecilio Errasquin.

En otro aviso de la prensa local (La Verdad, del 21 de abril de 1912) se menciona la Farmacia del Pueblo, de Francisco Formichelli. Funcionó en la esquina de Urquiza y Centenario al menos hasta 1931, fecha en la que también se encontraron avisos publicitarios. En 1948, la Farmacia del Pueblo pertenecía a Alfredo Zenón Rébora y posteriormente quedó en manos de un familiar de éste. Actualmente, la farmacia sigue atendiendo en Urquiza 378 con el nombre de Farmacia Rébora.

Finalmente, otro farmacéutico muy recordado en el lugar es Ernesto Peret, fundador de la Farmacia Kemia.



Datos históricos

- Se desconoce el origen del nombre "Rosario del Tala", pero la referencia a este árbol, común en el lugar, aparece desde muy antiguo en expresiones como "La Posta del Tala" o "El Paso del Tala". La tradición oral indica que el lugar se llama así porque se rezó el primer rosario a la sombra de un tala o por la Virgen del Rosario.
- Hacia 1770 comenzaron a radicarse en el paraje conocido como "El Tala" o "Paso del Tala" vecinos de Paraná, Nogoyá y Gualaguay.
- En julio de 1799, este incipiente núcleo poblacional pidió al párroco de Gualaguay autorización para erigir una

capilla, a lo que se accedió el 7 de noviembre de ese año.

- Como no hay una fecha exacta de fundación, se convino en establecer el 7 de noviembre de 1799.
- En 1858, nace Martiniano Leguizamón, escritor, periodista e historiador. Es autor de más de un centenar de obras, entre otras, "Montaraz", "Calandria" y "Recuerdos de la tierra".
- El 20 de noviembre de 1872 se aprueban las elecciones para conformar la Primera Corporación Municipal.
- En 1928, llega a la vicepresidencia de la Nación, durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen, Francisco Beiró, nacido en Rosario del Tala.

Algunos, los más tímidos y reservados, permanecían afuera de la botica, mirando con asombro ese prodigioso invento que don Pascual Fonzo había hecho traer de Buenos Aires. Otros, los más osados, siempre tenían alguna excusa trivial a mano para entrar en el local atiborrado de frascos multicolores. La botica tenía, además del mágico misterio de esos medicamentos preparados arduamente en morteros y probetas, dos atributos únicos: exóticas alfombras y ventiladores de techo. Por entonces, sólo cinco ventiladores había en la provincia, reservados a la intimidad de las casas de las familias más pudientes. Pero los de la botica de Fonzo eran los únicos de techo y los únicos también al alcance de la curiosidad inocente de los vecinos. Eran como aspas de molinos, pero algo distinto al viento los movía acompasadamente, llevando alivio en esas tórridas tardes de la ciudad. Para la gente más sencilla, era indescifrable esa fuerza oculta que los movía. Y si algo faltaba en esa atmósfera irreal que ofrecía la botica, de tanto en tanto emergía una música celestial del violín del boticario.

A los 88 años, el doctor Pascual Rafael Santiago Fonzo recuerda la botica de su padre, instalada en Santiago del Estero en 1923. Fonzo (h.) tiene la matrícula 12 del Colegio Farmacéutico santiaguense



El doctor Pascual Fonzo, uno de los protagonistas de la actividad farmacéutica en Santiago del Estero.

y es uno de los protagonistas más destacados de la actividad. Doctor en Farmacia, en Ciencias Naturales y en Bioquímica, le ha dedicado toda la vida a la profesión. Es, muy probablemente, el decano de los farmacéuticos de la provincia.

Dueño de una memoria prodigiosa, Fonzo cuenta detalles riquísimos de la vida lugareña en las primeras décadas del siglo XX, así como de los detalles de una actividad que ha visto evolucionar de manera vertiginosa y que

Una vista de la central calle Absalón Rojas, en 1904



conoce al dedillo. El amor por los preparados farmacéuticos lo heredó de su padre, Pascual Fonzo, un italiano nacido en 1892, en Roma. Don Pascual era miembro de una familia de músicos, que dirigía el conservatorio romano Santa Cecilia. Por eso su afición por el violín, que a veces tocaba en los momentos libres que le dejaba la actividad. Como muchos otros inmigrantes, la familia Fonzo había dejado una Europa empobre-

cida con la esperanza de encontrar en la Argentina un futuro mejor y se instalaron en Córdoba, donde no tardaron en abrir la Academia de Música Santa Cecilia. "Los hermanos de mi padre eran músicos eximios y llegaron a tocar con Toscanini" cuando el célebre violinista y director de orquesta italiano visitó nuestro país, cuenta Fonzo (h.). Aunque Pascual también era un enamorado de la música como sus hermanos, quedó deslumbrado

La gente de la ciudad se reúne en la nueva estación ferroviaria, inaugurada en 1920, para festejar la llegada del primer tren (Gentileza Archivo General de la Nación).



La puerta de entrada de la farmacia Argentina, en la calle Avellaneda.



por los secretos de la química cuando se empleó en la Farmacia y Droguería Minuzzi, en Córdoba. Después de dar los primeros pasos en la actividad, rindió en Santiago el examen que lo acreditaría como idóneo y que le permitiría iniciar una larga carrera de manera independiente.

Inicialmente, don Pascual instaló la Farmacia La Esperanza, la primera de la localidad de Villa General Mitre, que permaneció abierta entre 1913 y 1919, y posteriormente la familia se trasladó a Ojo de Agua, donde abriría otra botica pionera: la Farmacia Fonzo.

"Por aquellos años, en Ojo de Agua no había médico, de manera que mi padre se permitía diagnosticar, ejercer como médico y curandero", cuenta Fonzo (h.).

Ojo de Agua era una localidad que por entonces apenas llegaba a los 2.000 habitantes y la farmacia era el punto de encuentro de las personalidades notables del lugar.

Fonzo (h.), que apenas era un niño, recuerda que en la botica de su padre se reunían el ingeniero Volla, que dirigía las obras del trazado de la ruta 9, el interventor en la localidad ("un teniente de caballería que si mal no recuerdo se apellidaba Martínez, un morocho alto y muy simpático"); el comisario Cerutti; el cura; el "turco" José Arabia, un emigrante

árabe que era dueño del almacén de ramos generales, y Julio Escobar, el propietario del almacén que estaba en una de las esquinas que daban a la plaza.

En Ojo de Agua, un pueblo dedicado fundamentalmente a la actividad agrícola, el idóneo Pascual Fonzo llegó a ser un vecino notable, lo que lo llevó a desempeñar otras responsabilidades, como la de primer intendente de la localidad, por el radicalismo. Por entonces, las rivalidades políticas no siempre se dirimían de manera caballeresca y los punteros conservadores sabotaban el trabajo del ahora intendente Fonzo arruinándole la parquización de la plaza, que él había inaugurado. Cansado del vandalismo, el boticario e intendente decidió alambicar la reluciente plaza y ponerle molinetes para limitar el paso, pero no faltaron las oportunidades en las que sus rivales políticos rompieran el cerco e introdujeran animales en el parque para que lo destruyeran. A la labor de Fonzo como intendente, Ojo de Agua le debe también la instalación del primer alumbrado a kerosene.

Hacia 1923, Pascual Fonzo decidió emigrar a la capital provincial, donde instaló su nueva farmacia en la esquina de La Plata y Pellegrini, frente a La Bola de Oro, una famosa casa de ferretería, loza fina, marroquinería

La Escuela del Centenario, en la que se instruyeron varias generaciones de santiagueños, en una foto de 1916 (Gentileza Archivo General de la Nación).





Una imagen de la plaza y la catedral de Santiago del Estero, en 1928.

La farmacia Mitre, una de las tradicionales de la ciudad, fue fundada por Francisco "Pancho" Aragonés, padre de Mercedes Marina Aragonés de Juárez, esposa del caudillo peronista Carlos Juárez y ex gobernadora provincial.

y bazar. En la década del 30, trasladó su farmacia a la calle Tucumán.

Contemporáneamente con la instalación de la Farmacia Fonzo, había abierto, en la esquina de 24 de Septiembre y Mitre, la actual Farmacia Mitre, instalada por Francisco "Pancho" Aragonés, padre de Mercedes Marina Aragonés de Juárez, esposa del caudillo peronista Carlos Juárez y ex gobernadora provincial.

En la Farmacia Fonzo trabajaba como regente la farmacéutica Marina Palmeiro, una mujer que había nacido en 1902 y se había graduado en 1925; pero en 1940, cuando recibió su título profesional Pascual Fonzo (h.), éste pasó a desempeñar ese puesto en la farmacia paterna.

"Por aquellos años se trabajaba muchísimo -recuerda el doctor Fonzo-, por lo que teníamos varios

empleados, incluido un cadete que repartía los medicamentos a domicilio en bicicleta."

En los años 20 comenzaron a llegar los primeros medicamentos, entre los cuales el doctor Fonzo recuerda los sellos Focus, algunos tónicos y determinadas vacunas que se importaban de Italia en cajas de lata. Se preparaban muchos sellos antigripales, tónicos, lociones y píldoras de opio, que se almacenaban en frascos con etiquetas de fondo rojo, si se trataba de específicos de uso externo, mientras que aquellos que eran para tomar se distinguían con etiquetas de fondo blanco o amarillo.

"Recuerdo que los medicamentos se preparaban en tambores de 20 litros, donde venía la nafta Texaco. Elaborábamos la mezcla, la poníamos en un calentador Primus y la mezclábamos con un palo. Cada tambor que elaborábamos duraba aproximadamente una semana", afirma Fonzo, que sin embargo aclara que ese sistema rudimentario de elaboración contaba con controles rigurosos no sólo de los propios profesionales, sino también de los funcionarios del Consejo de Higiene provincial.

De las viejas farmacias santiagueñas, Fonzo recuerda la Argentina, de los hermanos Vignolo, aún funcionando en la calle Avellaneda; la de Christian y Carlos Jensen, en la calle



Independencia; la de Emiliano Santillán, en la calle Sarmiento; la de Pedro Pardi (en Absalón Rojas), la del idóneo tucumano Canga; la de Barriuzzo, ubicada frente a la escuela Francisco Laprida; la de Cuchiucó, en Absalón Rojas y Jujuy, y la Farmacia Del Aguila, en Libertad y Córdoba. Fuera de la capital provincial, tiene presente la farmacia de Pedro Bessone, en la localidad de La Banda, y la del idóneo Pedro Catán, en Suncho Corral.

Bessone había comprado una de las más acreditadas farmacias de la capital provincial, la Botica del Indio, situada frente a la Plaza Mayor, que había pertenecido a otro pionero de la actividad, Melitón Bruchmann, y que había sido puesta en venta a la muerte de éste, en 1913. Con su nuevo propietario, la farmacia pasó a denominarse Nacional. Bessone, que se había trasladado a Santiago del Estero escapando de los terremotos de Mendoza, padecería otro castigo de la naturaleza: la crecida del río Dulce, que inundó su farmacia y destruyó parte importante de su inventario y valiosísima documentación. Furioso con su mala suerte, Bessone decidió trasladarse a la localidad de La Banda, adonde acababa de llegar el ferrocarril, lo que prometía un desarrollo venturoso.

Con la partida de Bessone, la Farmacia Nacional quedó en manos de sus

cuñados, José Heriberto y Ricardo Vignolo, dos jóvenes de activa militancia radical, que trasladan la botica a metros de su ubicación original, donde todavía sigue en funcionamiento.

Con el advenimiento del peronismo, la Farmacia Nacional cambió de nombre, para cumplir con la disposición del gobierno central que impedía el uso de esa denominación en negocios particulares y pasó a llamarse Farmacia Argentina. Al mismo tiempo, los hermanos Vignolo se distanciaron en el campo de las ideas políticas cuando Ricardo se sumó a las filas del Partido Justicialista, lo que terminó teniendo su correlato en la sociedad comercial, que fue disuelta: José Vignolo se quedó con la Farmacia Argentina y Ricardo estableció la Farmacia Vignolo, que luego cerraría sus puertas.

En una provincia de fuerte hegemonía peronista, a José no le resultó sencillo mantener en pie la vieja Farmacia Argentina, pero luchó contra viento y marea. Con su muerte, el local quedó en poder de su hija, Lubina Vignolo, quien la conserva con el mobiliario y la frasería original. Los amantes de la historia que visiten Santiago del Estero no pueden dejar de conocer esta increíble botica, donde se destacan unos hermosos frascos de magnesita, y apreciar los rótulos de la vieja cajonera, donde se

La Farmacia Argentina, sucesora de la vieja Farmacia Nacional de Pedro Bessone y de la Botica del Indio, de Melitón Bruchmann, hoy en manos de Lubina Vignolo, conserva el mobiliario y la frasería de sus comienzos. Los amantes de la historia que visiten Santiago no pueden dejar de detenerse unos minutos allí para apreciar cada uno de sus detalles.



lee el nombre de algunos productos que se comercializaban a comienzos del siglo XX, tales como los cigarrillos antiasmáticos, las vendas de cambray, la guatapercha laminada, el makintosh y el quillay.

Una larga historia

Aún están pendientes de una investigación rigurosa numerosos capítulos de la historia de la medicina en Santiago del Estero, en especial en lo referido a la farmacia.

No obstante, no habría dudas de que el primer boticario llegado a la ciudad ha sido un tal Bazán, quien el parecer formaba parte de los 56 hombres que promediando el 1550 llegaron a la región como parte del contingente fundador de Juan Núñez de Prado. El historiador Vicente Oddo consigna que está documentada la presencia, hacia 1566, de los médicos Alonso de Villadiego, Castro (que era protomédico chileno) y Bazán, médico y boticario al que el ayuntamiento, en una reunión celebrada el 11 de enero de 1557, lo obligó a optar por una de las dos actividades y Bazán se pronunció por la botica, de la que no se tienen otros datos.

Entre las citas documentales que Oddo recoge en su libro se encuentra una carta datada en Santiago del Estero el 10 de diciembre de 1586, que Juan Ramírez de Velasco (1536-

1597), gobernador en ejercicio de la provincia del Tucumán, cuya ciudad cabecera era Santiago, le dirige al rey de España.

En referencia a sus primeras providencias, Ramírez de Velasco comunica textualmente a su monarca:

"Tuve aviso que en la mayor parte de los pueblos de los yndios avia cantidad de hechiceros e que hazian mucho daño entre ellos. Provei un juez para que fuese a la mayor parte de ellos e fiziesse ynformacion sobre esto los quales e los culpados me traxesen ante mi fueron mas de quarenta e por la ynformacion e indicios procedi contra ellos e se quemaron los que confesaron el delito. A sido justicia muy acertada por que los que quedan encubiertos escarmentaron en esto un onbre de los quemados confiesa aver muerto de veinte personas arriba eran viejos de mas de sesenta años y algunos de mas de ochenta."

De esa manera queda testimoniada la ejecución en las piras, en nombre de la justicia, de aquellos ancianos herboristas indígenas, apreciados médicos empíricos de su comunidad, cuya terapéutica el conquistador no tardaría en aprovechar. Además de la trágica matanza, la carta deja constancia de la altísima, para aquella época, expectativa de vida de los indígenas.

En cuanto a los conoci-

Aviso
publicitario
aparecido
en la Revista
Caras y Caretas.

Encanto irresistible
El suave aterciopelado de la rosa en plena lozanía ostenta el rostro femenino cuando se hermosea con la exquisita

Crema LECHUGA

J. Beauchamphs
Deja el cutis con la tersura de la juventud.
Esta crema se expende en envases de loza y vidrio esmerilado. Pídala en Tiendas y Farmacias.

Exíjase en estas Especialidades nuestra marca registrada "La Lechuga".
Unicos Agentes:
DIAZ Hermanos - Cabildo, 2171 al 2185 Buenos Aires
En Montevideo: DEL-CO y Cia. Soriano, 1135

Para blanquear el cutis
Si desea tener un cutis admirablemente blanco, aplíquese con regularidad

Agua HELENA

Hace desaparecer los granos, barros, pecas, etc., dando a la piel imperecedera blancura.
Si en su farmacia no encuentra Agua HELENA remítanos \$ 2.50 y se la enviaremos franco de porte.

OTRAS HISTORIAS

La flor de la canela

El 21 de julio de 1950, la recordadísima Chabuca Granda cantó por primera vez en público la versión completa de "La flor de la canela", la canción más emblemática de Perú y una de las más conocidas de América latina. Fue en ocasión del cumpleaños de Victoria Angulo, la inspiradora de ese tema.

Lo que no está tan difundido es que Chabuca trabajaba en ese tiempo en la Botica Francesa, de Lima, como consejera de una firma de productos de belleza y cada vez que las hijas de Victoria pasaban por la farmacia, ella las llevaba al baño y les cantaba algún trozo de lo que estaba componiendo.

Y quizá no sea casual que la mano de Chabuca este tema que ya forma parte de la historia haya nacido en esa botica, fundada en 1824 por un famoso boticario de la época apellidado Dupeyrón, que según se

mientos que se deben a los primitivos habitantes de estas regiones no van a la zaga de los proporcionados por los aztecas, mayas e incas. Así, el jesuita Lozano afirma que los habitantes del Tucumán, en especial los que vivían en el territorio que corresponde a Santiago del Estero, conocían un siglo antes que en Quito los efectos benéficos de la "cascarilla" y de la "virreina del monte" en el tratamiento de las fiebres, y la acción diurética del estigma de maíz.

Respecto de la instalación del Real Hospital de Santiago del Estero, no hay pruebas documentales que establezcan cuándo fue inaugurado, pero se presume que poco tiempo después de fundada la ciudad, en 1553, ésta debería contar con algún establecimiento que atendiera las necesidades sanitarias del lugar.

El primer documento que hace mención concreta al hospital de Santiago es un acta capitular de Córdoba, fechada el 8 de febrero de 1576, que dice: "... que se han juntado para ver una fundación del Hospital de la ciudad de Santiago del Estero, fundado por el gobernador que fue de esta Provincia Francisco de Aguirre, para fundar por ellas o como mejor pareciere un hospital en esta ciudad..."

Por el documento, queda constancia de que el hospital fue fundado hacia

1576, pero no hay detalles del personal destinado a atenderlo. Por entonces, en Santiago vivían de manera estable sólo 200 vecinos.

En 1668, Santiago del Estero contaba con un hospital que funcionaba con toda normalidad. El primer mayordomo del hospital (puesto equivalente al de director administrativo) fue Juan de Saavedra Gramajo, quien desempeñó el cargo hasta 1674, año en que fue reemplazado por Pedro Jeréz Calderón. El primer médico citado por aquellos años es el capitán Francisco Cabeza, que aparece ejerciendo la profesión en 1675. Presumiblemente Cabeza cumpliera al mismo tiempo la labor de boticario, una tarea que, pese a su evidente importancia, no tenía gran consideración popular. En la jerarquía social de entonces, primero estaban los médicos, luego los cirujanos, que podían ser latinos o romancistas, según las bases culturales, discriminadas por las aptitudes lingüísticas de su formación; luego seguían los barberos y flebotomos, luego los topiqueiros y barchilones y finalmente, los boticarios y las comadronas.

Una ejecución trágica

Otro episodio singular de la historia de la medicina en Santiago del Estero data del 31 de agosto de 1789. Ese día, el Cabildo había dispuesto la ejecución

de un tal Bartolomé Sánchez a manos de Joseph Bose, un milanés radicado en Santiago que ejercía el oficio de verdugo.

Las actas capitulares de esos años consignan que al pobre verdugo "le sucedió el lamentable caso de haberse reventado el trabuco con que le tiró" al infortunado Sánchez, de "cuias resultas le despedazó la mano que fue necesario cortársela en aquel mismo instante".

El profesional que intervino en la amputación de la mano de Bose fue el español Francisco Lozano del Castillo, quien se presentaba como "profesor de cirugía examinado y aprobado por el Real Protomedicato de la Villa y Corte de Madrid". Lozano, que tenía dispuesto trasladarse a Buenos Aires, no dejó Santiago sin antes reclamarle al Cabildo el pago de sus servicios por un total de 134 pesos y 5 reales: 76 pesos por igual cantidad de visitas al infortunado Bose y 58 pesos y 5 reales por la provisión de medicamentos, cuyo detalle consigna el empleo de los siguientes específicos: bálsamo de copaiva, bálsamo Acedo, trementina de Benecia, bejeto mineral, alcanfor para alcanforar el aguariente, bálsamo de Luca-tell, polvos peribetivos para la gangrena, emplasto de San Andrés de la Cruz, así como la aplicación de dos purgas.

En 1805 llegó a Santiago

del Estero el eminente médico y cirujano escocés Ricardo Martín Miln acompañado por el farmacéutico José María Todd. Ambos habían emigrado de Gran Bretaña a Boston, desde donde decidieron trasladarse a Buenos Aires. En tránsito hacia Salta, tuvieron una breve estancia en Santiago, en la que quizás hayan ejercido de manera transitoria sus artes curativas. Luego, instalarían sendas boticas en Salta y en Jujuy.

Otro de los boticarios pioneros en la provincia, y tal vez el primero con título profesional, fue el francés Miguel Sauvage, quien había llegado al virreinato después de la derrota bonapartista en compañía de su hermana Dorotea. Ambos se instalaron en Santiago del Estero, donde él se casó con doña María Antonia Maguna, en 1822, y ella, con don Cesáreo García.

Sauvage abrió una botica que pronto se convirtió en punto de encuentro de opositores al gobierno de Juan Felipe Ibarra. En un extraño incidente de ribetes policiales, Sauvage fue señalado como autor de una falsificación de moneda, para lo cual se alegó sus conocimientos de la alquimia, y fue castigado con 200 azotes en la plaza pública. Sauvage no toleró el escarnio público y tramó un atentado contra el gobernador Ibarra que resultó frustrado, pero terminó con la vida de un inocente. El gobierno pro-

vincial condenó entonces al boticario francés a morir fusilado, sentencia que se cumplió en 1824. El historiador Luis Alen Lascano afirma que este episodio fue narrado por Pablo Lascano en sus "Siluetas contemporáneas" y por el viajero inglés Andrews; pero la mejor versión novelada se debe a la pluma de Héctor Olivera Lavié en su novela "Las Montoneras", de 1935.

Durante la mayor parte de la etapa colonial, la botica funcionaba adyacente a los conventos y la función del boticario estaba delegada con exclusividad al quehacer monacal; después, la actividad adquirió categoría de profesión laica y el empírico apotecario conquistó así la jerarquía de farmacéutico.

Vicente Oddo menciona entre los boticarios más descolantes de Santiago del Estero en la última mitad del siglo XIX a Augusto Bruchmann, quien se habría instalado en la ciudad algo antes de 1858. Bruchmann se convirtió en un personaje notable de la sociedad santiagueña y en agosto de 1869 fue designado profesor del recientemente creado Colegio Nacional, fundado por Sarmiento, del que más adelante sería vicerrector.

Bruchmann, originario de Alemania, había arribado a Santiago del Estero con el título de boticario obtenido en su país natal. También

fue un personaje notable de la cultura santiagueña, un investigador dedicado y un conferencista de nota. En su paso por Santiago del Estero, el sabio alemán Karl Burmeister, quien introdujo los estudios geológicos y paleontológicos en la Argentina, consigna haber obtenido una importante colección de insectos "juntados y guardados en aguardiente por el señor boticario alemán Don A. Bruchmann".

A comienzos de 1871, Bruchmann aparece integrando una comisión creada por el gobierno provincial para estudiar "las causas determinantes de la epizootia en la provincia" junto al colega Vicente Mino o Miño, del que no se disponen otros datos.

Por entonces, el gobierno provincial decidió regular la actividad de las farmacias y, en 1876, estableció los turnos que deberían cumplir "las tres boticas existentes", en referencia a las de Bruchmann, Miño y otro destacado pionero, Rogelio Rivas.

Con Rivas trabajaba un joven gallego, Celestino Alen, quien tendría una destacada labor no sólo en la actividad farmacéutica, sino también en la educación, la cultura y la actividad pública. Alen fue un hombre verdaderamente polifacético, que alcanzó gran influencia en la sociedad santiagueña de finales del siglo XIX.

cuenta fue quien hizo que Simón Bolívar pudiera salir hacia Guayaquil gracias al sirope de coca y vinilla que le había preparado para aliviar su gastritis y también inventó para él unos polvos efervescentes de bromuro para combatir el insomnio.

Fue uno de los establecimientos más importantes del país, que no cerraba nunca, ni siquiera durante los enfrentamientos civiles, en los que los contendientes evitaban tirotear el edificio porque de allí salía la "ambulancia francesa" a socorrer a los heridos.

Con los años, la Botica Francesa se fue ampliando y hasta incorporó la venta de helados, lo que hizo que se transformara en un lugar de encuentro de la burguesía limeña.

En la década de 1980, debido a una convulsionada situación política que rompía la calma del centro de la ciudad, dejó su antiguo local para trasladarse a una zona residencial, donde aún sigue en actividad.

Habla nacido en Villa de Leiro (Orense) el 7 de marzo de 1856 y siendo muy joven emigró a la Argentina, donde tendría una breve estancia en Buenos Aires y luego en Rosario, hasta que en 1875 se estableció en Santiago del Estero. Inicialmente, se desempeñó como maestro y como dependiente en la botica de Rivas, hasta que en 1879 las autoridades sanitarias de la provincia le concedieron autorización para abrir la suya. Así nació la Botica Española, que desde 1880 funcionó en la esquina de Libertad y Tucumán, a la que se anexó después una librería e imprenta, que funcionaba sobre la calle Libertad, junto al edificio de la Casa de Gobierno.

Animador de largas tertulias con las figuras de la época, fue colaborador y amigo cercano del gobernador Absalón Rojas, un funcionario verdaderamente progresista, que destinó la mitad del presupuesto provincial a la educación. A Rojas también se le debe la creación del primer hospital de caridad, luego Hospital Mixto, la atribución de nombres a las calles, la creación de las plazas de la ciudad y la llegada del primer empedrado.

Gracias al generoso aporte de documentación del historiador Luis Alen Lascano, miembro de la Academia Argentina de la Historia y nieto de Celestino Alen, se puede recons-

truir gran parte de la vida de este personaje singular, quien integró el Consejo de Higiene provincial desde 1880 -cargo en el que alcanzó relevancia durante la epidemia de cólera que azotó a la provincia en 1886-, fue recaudador de Rentas, formó parte de la Comisión Provincial del Tercer Censo Nacional en 1914, fundó y presidió la Asociación Patriótica Española y entre 1890 y 1914 fue corresponsal del diario La Nación. Paralelamente, don Celestino impulsó el trabajo agrícola desde los establecimientos que fundara en proximidades de la ciudad, en Peruchillo y Vinalar, donde introdujo



Celestino Alen fue un hombre polifacético, que tuvo una destacada actuación en la sociedad santiaguense de finales del siglo XIX. En 1880, en la esquina de Libertad y Tucumán, inauguró la Botica Española, a lo que luego le anexó, en un local contiguo, una imprenta y librería (Centaño de Luis Alen Lascano).





A Celestino Alen
(en el centro)
no sólo se lo recuerda
como un hombre
de gran cultura,
sino también como
un ser muy generoso,
que no dudaba en asistir
a los pobres con frutas
y verduras de sus quintas
y con medicamentos
de su botica.

El documento,
fechado en 1879,
es el pedido
de autorización
para instalar
la botica que
gestiona Alen
ante las autoridades
provinciales
(Gentileza de Luis
Alen Lascano).

nuevos sembradíos, especíes frutales y cultivos traídos de Europa a la par que diseñaba personalmente jardines y canales de riego para dar progreso a esas tierras.

En la edición del 27 de abril de 1907, el diario El Liberal califica a Celestino Alen de ejemplo empresario y destaca que con 27 años de radicación en la provincia había alcanzado un capital de 230.000 pesos oro, una verdadera fortuna.

Su imprenta tenía cuatro minervas, dos guillotinas y 20 obreros, y su Botica Española empleaba a 10 personas. En sus fincas de 52 hectáreas se obtenía un producto anual de \$ 72.000, según destacaba la crónica periodística de entonces.

Entre los papeles del profesor Alen Lascano se encuentra una conceptuosa carta enviada por el general Bartolomé Mitre a don Celestino, con motivo del comienzo de año de

1895. También conserva un rico intercambio epistolar con Leandro N. Alem, quien cuando llegó a Santiago, en 1891, visitó la Botica Española. Tanto el político como el boticario no dudaban de que estaban unidos por lazos de parentesco: ambas familias procedían de la misma villa española y compartían el mismo apellido (Leandro N. Alem había nacido como Alen, pero cambió su apellido para diferenciarse del de su padre, ejecutado por mazorquero).

Hombre de gran cultura, a Celestino Alen también se lo recuerda como un ser muy generoso, que no dudaba en asistir a los pobres con frutas y verduras de sus quintas y medicamentos de su botica.

Un contemporáneo de Alen fue Manuel Martín Abad, propietario de la Botica del Pueblo, en la calle Avellaneda. Un aviso publicado por El Liberal en 1898 anuncia que la farmacia había creado un departamento para preparaciones de oxígeno y análisis químicos. E introduce una novedad: la preparación de "hielo para enfermos, en 52 minutos", y además, "una rica preparación contra el dolor de muelas". Por entonces, también funcionaba la Farmacia Argentina, de Juan Garín, fundada en 1889 e instalada en la calle Absalón Rojas esquina Río de la Plata (hoy, Pellegrini) en uno de cuyos avisos dice "estar en relación con



las principales droguerías de la capital".

Otro de los viejos farmacéuticos con actividad en Santiago del Estero fue Angel Sainini o Zainini, quien se estableció en la localidad de Frías en 1886, el mismo año en que se habilitó el servicio telefónico en la provincia, que comenzó a funcionar con 20 abonados. A finales de ese año, y como medida preventiva ante el azote de cólera que llegaría el año siguiente, el farmacéutico Félix Geissler asumió la dirección de la botica que la asociación Samaritanos instaló al efecto en dependencias del Colegio Nacional.

Los finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX encuentran a la provincia con una población de algo más de 160.000 habitantes. Eran épocas en que aún se sucedían esporádicos malones de indios que incursionaban por la frontera chaqueña. La industria forestal era la principal fuente de trabajo y riqueza y en el 1900 se exportarían 600.000 toneladas de quebracho y medio millón de durmientes para la extensión de las vías férreas, así como 900.000 postes y 25.000 toneladas de carbón vegetal.

De la precariedad de la situación sanitaria da cuenta un dato recogido por el historiador Vicente Oddo: en 1898, en la capital provincial, que tenía 11.000 habitantes, nacie-

ron 341 personas y murieron 491, la mitad de ellos por enfermedades infectocontagiosas.

Otros farmacéuticos con actuación en la capital provincial hacia fines del siglo XIX o comienzos del XX fueron Augusto Helman Gauna, Melitón Bruchmann (hijo del boticario Augusto Bruchmann), Francisco Wiangio, Luis Rezoagli y A. Martinielli, mientras que en la localidad de La Banda Benvenuto Giannoni regenteaba la "Antigua Farmacia", primera del lugar. Y en las primeras 4 décadas del siglo XX, Oddo registra la presencia en la capital provincial de los farmacéuticos Julio César Bravo, Lorenzo Buenvecino, Manuel Cabezas, Josefina Lina Elli, Carlos y Christian Jensen, José Maranzano, Federico Pardi, Emiliano Santillán, Emma Rajoy, Donato Tarchini e Isaac Yelín. En Añatuya fueron pioneros de la actividad Julio César Cariola (a cargo de la farmacia del ferrocarril), Marcela Ducca, Jorge Dumas y Angel Vitetta; en Frías, el italiano Pedro Longhi, quien en 1915 abrió la Farmacia Argentina y que fue sucedido al frente del establecimiento por los farmacéuticos Bonavita, Luis Martínez y Manuel Gramajo. En la localidad de Fernández, aún se recuerda a Domingo Mayull, otro precursor, mientras que en San Pedro de Guasayán han sido pioneros Francisco Díaz y Manuel Argañaraz y en

Quimilí todavía recuerdan a Teodoro Seisdedos, un idóneo español que puso una de las primeras farmacias de esa localidad.

Datos históricos

- En 1549, Juan Núñez del Prado, quien había sido comisionado desde Perú para establecer un asentamiento cristiano en la zona comprendida entre los ríos Dulce y Salado para servir de soporte para el futuro proceso de colonización, funda la ciudad de El Barco.
- En 1553, Francisco de Aguirre llega a El Barco y con el argumento de resguardar el asentamiento de las inundaciones lo trasladada unos 1000 metros más al Norte y le cambia el nombre por Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo. A consecuencia de sucesivas inundaciones (sobre todo las de 1630, 1663 y 1684), la ciudad se vio forzada a un continuo desplazamiento hacia el Oeste.
- En 1570, se instalaron en la ciudad el primer obispado y la primera Iglesia Catedral.
- En 1577, Santiago del Estero fue instituida como capital de la gobernación del Tucumán. Desde allí partieron las expediciones fundadoras de Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja y Catamarca, por lo que se la designó como "madre de ciudades".

• Entre 1731 y 1776 la región sufrió numerosos ataques de indios mocovíes, abipones y tobas que incursionaron hasta el río Dulce. Los caminos que unían Santiago con Santa Fe y con Córdoba se volvieron intransitables con riesgo de pagar con la vida la osadía de recorrerlos.

• En 1776, se creó el Virreinato del Río de la Plata y la gobernación de Tucumán pasó a formar parte de la nueva estructura.

• Pocos años más tarde, en 1782, la ordenanza de intendente despojó de rango jurisdiccional a Santiago y la subordinó a Salta.

• Durante las luchas por la independencia, Santiago colaboró con numerosos hombres, lo que causó el despoblamiento y por consiguiente la reanudación de los ataques indios.

• En 1814, Posadas partió la intendencia de Salta en dos provincias y Santiago pasó a depender de Tucumán. Debido a tal decisión, la sociedad santiagueña se dividió entre autonomistas y partidarios de Aráoz, que era el gobernador de Tucumán. El comandante Juan Felipe Ibarra inclinó la situación en favor de los primeros y un nuevo Cabildo lo designó gobernador provisorio. Tras declamar la república de Tucumán, Aráoz intentó recuperar Santiago por la fuerza y fue derrotado en 1821.

- A partir de ese año San-



tiago sería escenario de gran cantidad de luchas que diezmarían su población y en 1835 y 1840 nuevamente los indios intentaron infructuosamente recuperar sus tierras.

• En 1856, Santiago confeccionó su primera Constitución, que delimitaba el territorio, pero fuera de la región comprendida entre los ríos Dulce y Salado la tierra estaba sin colonizar.

• En 1858, se realizó el trazado de límites definitivos con Tucumán y, en ese mismo año, se organizó la colocación de una línea de trincheras con el fin de

asegurar las rutas de Santa Fe a Córdoba y Santiago.

• Entre 1886 y 1889 gobernó la provincia Absalón Rojas, llamado el refundador de Santiago por sus importantes obras en favor de la educación, la modernización de la ciudad capital y la organización departamental del interior.

Durante la gobernación de Rojas se crearon las plazas de la ciudad, se instaló el servicio telefónico, se comenzó el adoquinado de las primeras calles y se instalaron los primeros faroles del alumbrado público.

OTRAS HISTORIAS

Golpe de suerte de Quimilí

Una historia singular atesora Ernesto Mazoud, el primer farmacéutico nativo del pueblo santiagueño de Quimilí. A fines de 1968 un funcionario de la petrolera Esso de paso por el lugar se descompuso en plena calle y fue asistido por Don Ernesto, quien no dudó en llevarlo a su casa (donde, además, siempre funcionó su farmacia) hasta que se repusiera. Una vez recuperado, y en agradecimiento por su atención, el funcionario le retribuyó el gesto con un regalo inesperado: la concesión de la petrolera para instalar una estación de servicio de la marca en Quimilí, única en la ciudad y que Don Ernesto inauguró en 1970.

Pero aunque el nuevo negocio podía depararle un mejor futuro económico a Don Ernesto, el farmacéutico al fin, privilegio su profesión, de manera que dejó la estación de servicio en manos de sus hermanas y siguió al frente de la farmacia Mazoud.

Don Ernesto instaló su farmacia el 27 de marzo de 1957 y aún hoy sigue en actividad. Es hijo de un libanés llegado al pueblo en 1917, tres años después de que inmigrara al lugar el hermano mayor, y padre de dos hijos: Ernesto (Tacho) Mazoud, ex presidente del Concejo Deliberante de Quimilí, y Alfredo, farmacéutico como su padre y titular de la Farmacia French.

Don Ernesto sostiene que antes del boticario Teodoro Seisdedos hubo otro farmacéutico en el pueblo, instalado en la década de 1930, que abandonó el lugar poco después, cuando su hermano fue asesinado en un baile de carnaval.

La otra farmacia de Quimilí perteneció a José Gola.

BIBLIOGRAFIA Y AGRADECIMIENTOS

Actas de las primeras jornadas de Historia de la Medicina y de la Farmacia Iberoamericanas, Buenos Aires, 1971.

Actas de las primeras jornadas de Historia de la Farmacia Argentina, Tucumán, 1973.

ALLEN LASCANO, Luis C.: Los franceses en Santiago del Estero; Ed. Alianza Francesa; Santiago del Estero; julio 2003.

CIGNOLI, Francisco; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

ODDO, Vicente; Historia de la medicina en Santiago del Estero; Editorial El Liberal; Santiago del Estero; 1999.

ODDO, Vicente; Primeros médicos de la ciudad de Santiago del Estero. Siglo XVI; Editorial Herca, Santiago del Estero; 1981.

RIVAS, Gustavo; Vivir en Gualeguaychú; Gualeguaychú; noviembre 1998.

VARIOS AUTORES; Historia de la medicina de Mendoza; edición de autor; Mendoza; noviembre de 1988.

REVISTAS Y DIARIOS CONSULTADOS:

Todo es Historia, Revista Farmacéutica, revista La Semana (Mendoza), Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, diarios El Constitucional y El Debate (Mendoza), Anuario de Mendoza, Actas de Sanidad de la Corporación Municipal de Mendoza, El Liberal de Santiago del Estero.

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de: personal del Archivo General de la Nación, de la Academia Nacional de Historia, de la Biblioteca General San Martín, del Museo Sanmartiniano, del Archivo General de la Provincia de Mendoza, del Museo y Archivo Histórico Municipal de Rosario del Tala, del Museo de la Farmacia Rosa D'Alessio de Carnevale Bonino de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, del Museo de Farmacobotánica, Colegio Farmacéutico de Mendoza, Colegio Farmacéutico de Santiago del Estero, Sra. Olga de Izidore, Dr. Mario Luis Castell, Farm. José Ruggeri, Dr. José L. Amorín, Lic. Mariano Marcó, Cdr. Moisés Roitman, Farm. Arnoldo Repetur, Dra. Lelia Cano Rossini, Lic. Elvira Martín de Codoni, Dedé, Carlos y Juan Carlos Antonietti, Farm. A. Eduardo Márquez, Farm. Gabriela Policelli, Arq. Márquez, Dr. Luis C. Allen Lascano, Fila. Errasquin, Dr. Gustavo Rivas, Dr. Pascual Fonzo, Juan Luis Coria, Lubina Vignolo, Roberto Vozza Solá, Farm. Julio Madroño, Farm. Hugo Andrés Navarro.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetas y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA